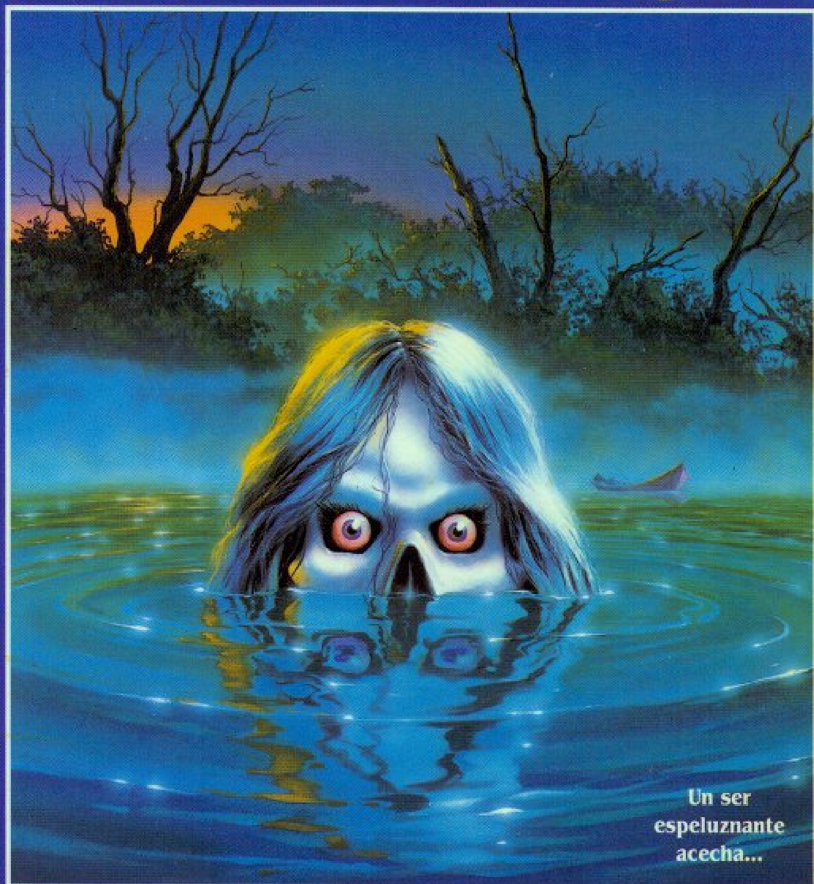
R. L. STINE

Pesadillas®

El campamento del lago maldito



Sarah detesta el campamento del Lago Frío. Es asqueroso y está lleno de barro. Además, ha empezado con mal pie con sus compañeros, que la odian. Pero a Sarah se le ocurre un plan: fingirá que se ahoga y todos los chicos se compadecerán de ella y la cuidarán.

Sin embargo, las cosas no salen como ella ha previsto. Porque allí, en ese lago frío y oscuro, alguien está espiando.

Alguien de cuerpo intangible con unos ojos pálidos como la muerte…



R. L. Stine

El campamento del lago maldito

Pesadillas - 54

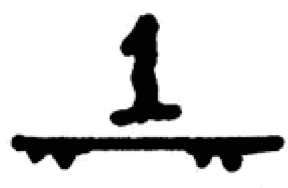
ePub r1.3

Titivillus 15.04.16

Título original: *Goosebumps #56: The Curse of de Camp Cold Lake*
R. L. Stine, 1999
Traducción: Gloria Montserrat

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





Empecé con mal pie mis vacaciones en el campamento del Lago Frío.

Cuando llegué, estaba nerviosa y creo que hice algunas tonterías.

Para empezar, yo no quería ir a un campamento de deportes acuáticos.

No me gusta estar al aire libre. Odio la sensación del roce de la hierba en los tobillos. Ni siquiera me gusta tocar los árboles y menos aún mojarme.

Claro que me divierte ir a nadar de vez en cuando, ¡pero no cada día! ¿Qué gracia tiene eso?

Me gusta nadar en una piscina agradable y limpia. En cuanto vi aquel lago sentí náuseas. Supe que habría cosas horribles en el agua.

Criaturas repugnantes que acecharían bajo la superficie, pensando: «Te esperamos, Sarah Maas. Vamos a tocarte las piernas con nuestros cuerpos viscosos cuando estés nadando. Nos comeremos los dedos de tus pies, uno a uno».

¡Qué asco! ¿Por qué tengo que nadar en el lodo?

Aaron, por el contrario, casi reventaba de emoción.

Cuando nos bajamos del autobús del campamento, no paraba de saltar ni de hablar como un papagayo. Estaba tan enloquecido que pensé que se arrancaría la ropa y se metería en el lago.

A mi hermano le gustan los campamentos, los deportes y salir al aire libre. Le gustan casi todas las cosas y personas.

Y a todo el mundo siempre le cae bien Aaron. Es tan entusiasta,

tan divertido…

Oh, a mí también me gusta divertirme, pero ¿cómo puede una divertirse donde no hay centros comerciales, cines ni restaurantes donde pedir un pedazo de pizza o una bolsa de patatas fritas?

¿Qué tiene de divertido remojarse en un lago helado todos los días, en un campamento a kilómetros de distancia de cualquier ciudad, rodeado por todas partes de un bosque impenetrable?

—¡Esto va a ser impresionante! —exclamó Aaron y echó a correr con el petate a rastras para encontrar su cabaña.

—Sí, impresionante —murmuré desanimada. El sol ardiente ya me hacía sudar.

¿Que si me gusta sudar? Por supuesto que no.

¿Por qué fui al campamento del Lago Frío? Responderé con tres palabras: mamá y papá.

Aseguraron que un campamento de deportes acuáticos me daría confianza en mí misma, que me ayudaría a sentirme más cómoda en el campo.

También dijeron que allí tendría la ocasión de hacer nuevos amigos.

De acuerdo, lo admito: no me resulta fácil hacer amigos. No soy como Aaron. No puedo acercarme a alguien, sin más, y ponerme a hablar y a bromear.

Soy un poco tímida. Quizá se deba a que soy mucho más alta que los demás. Le saco una cabeza a Aaron, aunque sólo tiene once años, uno menos que yo.

Soy alta y muy delgada. A veces, papá me llama «saltamontes».

Imaginaos cuánto me gusta.

Casi tanto como nadar en un lago frío lleno de criaturas ocultas.

—Inténtalo, Sarah —dijo mamá.

Miré hacia arriba.

—Dale una oportunidad al campamento —añadió papá—. Quizá te lleves una sorpresa y lo pases bien.

Levanté la vista de nuevo.

—Cuando regreses a casa al final del verano, seguro que nos suplicarás que te llevemos de acampada —bromeó papá.

Quería volver a poner los ojos en blanco pero ya empezaban a dolerme de tanto hacerlo.

Suspiré resignada. Nos abrazamos para despedirnos, y luego

seguí a Aaron hasta el autobús del campamento.

No dejó de sonreír en todo el trayecto. Estaba realmente deseoso de aprender a esquiar en el agua y preguntaba una y otra vez a todos si había un trampolín alto en el lago.

Aaron hizo tres o cuatro buenos amigos en el viaje.

Yo miraba por la ventana y veía desfilar un sinnúmero de granjas y árboles. Pensaba en mis afortunados amigos que se habían quedado en casa y pasarían el rato en el centro comercial.

Por fin llegamos al campamento del Lago Frío.

Los chicos sacaban sus bolsas del autobús entre risas y bromas. Los monitores, que llevaban camisetas verde oscuro, daban la bienvenida a todo el mundo y les señalaban el camino.

Empecé a alegrarme un poco.

«Es posible que haga nuevos amigos —pensé—. Quizá conozca gente parecida a mí, y pasemos un verano estupendo».

Pero entonces entré en mi cabaña, donde se hallaban mis tres compañeras de habitación. Miré en torno a mí.

—¡Oh, no! ¡Imposible! —grité.

2

Supongo que no debí ponerme tan histérica.

Causé una primera impresión muy mala.

Pero ¿qué tenía que haber hecho?

Había cuatro literas en la cabaña. Las otras tres chicas ya habían escogido las suyas. Sólo quedaba una y se encontraba justo delante de la ventana, en la que no había mosquitero.

Esto significaba que mi litera estaría infestada de insectos. Eché un vistazo y supe que pasaría todo el verano matando mosquitos cada noche.

Además, no puedo dormir en la litera de arriba. Me revuelvo mucho cuando duermo. Si me acostara arriba, me caería de cabeza.

Tenía que dormir abajo, y en la cama más distante de la ventana abierta.

—No… no puedo hacerlo —solté.

Las tres se volvieron a mirarme. Una de ellas era rubia y llevaba cola de caballo. A su lado había una muchacha rechoncha y bajita, con el cabello largo y castaño.

En la litera inferior, pegada a la pared, al otro lado de la habitación, una chica de color, de largas y numerosas trenzas, me observaba fijamente.

Supongo que querían saludarme y presentarse, pero no les di la oportunidad.

—¡Alguien tiene que cambiar su cama por la mía! —chillé. No pretendía sonar tan desesperada, pero la verdad es que lo estaba.

Antes de que pudieran responder, se abrió la puerta de la cabaña y un joven rubio con camiseta de color verde oscuro asomó la

cabeza.

—Soy Richard —dijo—, el cabecilla, el mandamás, el jefazo. ¿Va todo bien aquí?

—¡No! —grité. No era capaz de contenerme. Estaba demasiado nerviosa y descontenta—. ¡No puedo dormir en esta litera! —le dije —. No quiero estar cerca de la ventana y tengo que dormir abajo.

Noté que mi reacción sobresaltó a las chicas.

Richard se dirigió a la muchacha que estaba sentada en la litera inferior junto a la pared.

—Briana, ¿podrías cederle la cama a…?

—Sarah —aclaré.

—¿Podrías cederle tu cama a Sarah? —preguntó Richard a Briana.

Ella sacudió la cabeza con tanta fuerza que las bolitas de sus trenzas entrechocaron.

—La verdad es que no quiero —respondió en voz baja. Señaló a la muchacha gordita de cabello largo y castaño, sentada sobre su maleta—. Meg y yo fuimos compañeras de litera el año pasado —le dijo a Richard— y nos hacía ilusión estar juntas.

Meg asintió. Tenía la cara redonda, de bebé, y cachetes de ardilla. Llevaba correctores dentales azules y rojos.

—No puedo dormir delante de la ventana —insistí—. De verdad, no puedo. Odio los insectos.

—¿Qué dices a esto? —preguntó Richard con la vista fija en Briana.

—Oh…, de acuerdo —resopló ella y me miró con el gesto torcido.

—Gracias —dijo Richard. Noté que me observaba con atención.

«Sin duda piensa que soy un incordio», me dije.

Briana se levantó de la litera inferior. Arrastró su petate a través de la habitación hasta la litera de la ventana.

—Toda tuya —refunfuñó.

Su tono no era amistoso.

Me sentí fatal. «Mis compañeras ya me odian», pensé.

¿Por qué hago siempre lo mismo? ¿Por qué me pongo nerviosa y quedo mal con la gente en cuanto la conozco?

Decidí que debía esforzarme mucho para que quisieran ser mis amigas.

Pero sólo un minuto más tarde, hice algo horrible.

3

—Oye, gracias por cambiarme la litera, Briana —dije—. Eres muy amable.

Asintió con la cabeza pero no dijo una palabra. Meg abrió su maleta y empezó a guardar pantalones cortos y camisetas en su cajón de la cómoda.

La tercera muchacha me sonrió.

—Hola, me llamo Janice —se presentó con una voz áspera y ronca—. Todo el mundo me llama Jan.

Jan, que era rubia y llevaba cola de caballo, tenía una bonita sonrisa, los ojos de color azul oscuro y las mejillas sonrosadas. Parecía que se ruborizase sin cesar.

—¿Estuviste aquí el año pasado? —le pregunté.

Sacudió la cabeza.

—No. Briana y Meg sí vinieron, pero para mí es el primer verano. El año pasado fui a un campamento de tenis.

—Yo nunca había estado en ningún tipo de campamento —confesé—. Creo que por eso estoy un poco nerviosa.

—¿Nadas bien? —me preguntó Briana.

Me encogí de hombros.

—Bastante bien, supongo. No practico mucha natación porque la verdad es que no me gusta.

—¿No te gusta nadar y vienes a un campamento de deportes acuáticos? —dijo Meg, dejando la maleta y volviéndose hacia mí.

Briansa y Jan se echaron a reír.

Sentí que me sonrojaba. No quería explicarles que mis padres me habían obligado a ir. Sonaba demasiado infantil. Pero no sabía

qué decir.

—A mí… eh… a mí me gustan otras cosas —balbuceé.

—¡Oh! ¡Me encanta este bañador! —exclamó Briana. Extrajo un traje de baño amarillo brillante de la maleta de Meg y lo mantuvo en alto delante de sus ojos—. ¡Es espectacular!

Meg lo guardó de nuevo.

—¡Como si te viniera a medida! —espetó, haciendo una mueca. Cuando hablaba, sus correctores castañeteaban.

Meg, redonda y baja, parecía un tapón al lado de Briana, que era alta y esbelta.

—¿Has perdido peso este invierno? —le preguntó Briana a Meg—. Estás estupenda. De veras.

—He adelgazado un poco —le respondió Meg. Después suspiró—. Pero no he crecido nada.

—Yo crecí casi treinta centímetros este año —tercié—. Soy la chica más alta de la escuela. Todo el mundo me mira cuando camino por los pasillos.

—Pobrecita —soltó Meg con sarcasmo—. Qué pena me das. ¿Preferirías ser un renacuajo como yo?

—Bueno…, la verdad es que no —contesté.

Huy. Caí en la cuenta de que había dicho una inconveniencia.

En los ojos de Meg apareció una expresión de dolor.

«¿Por qué he dicho esto? —me pregunté—. ¿Por qué no paro de meter la pata?».

Recogí la mochila del suelo, donde la había tirado, y la llevé hasta mi litera para sacar las cosas.

—Oye, ¡ésta es la mía! ¡No la toques! —Jan se acercó a mí a toda prisa.

Miré la mochila.

—No. Es la mía —insistí.

Empecé a abrir la cremallera, y se cayó al suelo.

Un montón de cosas se desparramó con gran estrépito por el suelo de la cabaña.

—¡Oh! —exclamé sorprendida. Aquello no era mío.

Había frascos de píldoras, botellas de jarabe, inhaladores pequeños de plástico…

—¿Medicinas para el asma? —pregunté.

Jan se puso de rodillas y empezó a recogerlo todo. Me miró

enfurecida.

—Muchísimas gracias, Sarah —gruñó—. Muchísimas gracias por hacer que todos se enteren de que tengo asma. ¿Por qué no te pones de pie esta noche en la fogata y lo anuncias a todo el campamento?

—Lo siento —musité.

—Te dije que era mi mochila —replicó Jan.

Meg se agachó y recogió un inhalador para dárselo a Jan.

—No hay por qué avergonzarse de tener asma —le dijo.

—Quizá prefiera guardar ciertas cosas en secreto —repuso Jan. Introdujo todas las medicinas en la bolsa y la llevó al otro lado del cuarto.

—Lo siento —repetí—. De veras.

Las tres me clavaron la vista. Briana sacudió la cabeza. Meg chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

«Ya me odian las tres», pensé.

Me sentía mal; muy mal.

Me odiaban, y sólo era el primer día. La primera hora.

Suspiré y me dejé caer en la litera.

«¿Pueden empeorar las cosas?», me pregunté.

A que no sabéis la respuesta.

4

Aquélla misma noche se celebró la primera reunión en torno a la fogata. Se encendió en un claro llano y espacioso, en medio del bosque. Alrededor habían colocado troncos descortezados a modo de bancos.

Me senté sola en un tronco de espaldas a los árboles. Las llamas brillantes de la enorme hoguera bailaban bajo el cielo gris del atardecer. El fuego chisporroteaba, crepitaba y desprendía un olor delicioso. Aspiré profundamente.

Los monitores echaron más leña al fuego, y pronto las llamas se elevaron por encima de sus cabezas.

El aire nocturno era caliente y seco, y yo sentía las mejillas ardientes por el calor de la fogata.

Me volví hacia el bosque. Los árboles oscuros se agitaban en la suave brisa, y a la tenue luz alcancé a ver una ardilla que pasó corriendo por entre la maleza.

Me preguntaba qué otros animales acecharían en el bosque. Imaginaba que habría bestias mucho más grandes que las ardillas. Más grandes y más peligrosas.

Un fuerte estallido del fuego me sobresaltó.

«Resulta espeluznante estar aquí fuera, de noche —pensé—. ¿Por qué no encenderán las fogatas dentro? En la chimenea, por ejemplo».

Aplasté un mosquito contra mi cuello.

Al volver la vista al frente, vi a Briana y a Meg en otro tronco. Se reían por algo mientras hablaban con dos chicas que yo no conocía.

Aaron, al otro lado de la hoguera, hacía el tonto con otros dos chicos. Forcejeaban y se empujaban unos a otros para tirarse del tronco.

Exhalé un suspiro. «Aaron ya tiene un montón de amigos —me dije—. Todo el mundo ha hecho amistades, excepto yo».

Aaron se percató de que lo miraba. Me saludó con la mano y continuó jugando con sus amigos.

En el tronco contiguo, tres muchachas entonaban a voz en cuello la canción del campamento, con las cabezas echadas hacia atrás.

Escuché con atención, intentando aprenderme la letra, pero rompieron a reír a media canción y no la terminaron.

En el otro extremo de mi tronco se habían sentado dos muchachas mayores, de unos quince o dieciséis años. Iba a saludarlas pero estaban muy ocupadas charlando.

Una de ellas tenía una bolsa de caramelos de goma en forma de gusano. Los extraía de la bolsa uno a uno y los engullía despacio aspirándolos como espaguetis.

Richard, el jefe de monitores, se situó delante de la fogata. Llevaba una gorra de béisbol negra con la visera hacia atrás y unos pantalones cortos muy anchos, descosidos y sucios por haber estado encendiendo el fuego.

Levantó ambas manos por encima de la cabeza.

—¿Estamos todos aquí? —gritó.

Yo apenas oía lo que decía porque todo el mundo seguía hablando y riendo. A través de las llamas, vi que Aaron se levantaba y meneaba todo el cuerpo, como si bailara.

Sus amigos se morían de risa y uno chocó la mano con él.

—¿Podemos empezar? —preguntó Richard—. ¿Podemos inaugurar nuestra fogata de bienvenida?

Un tronco crepitó en el fuego y saltaron chispas en todas direcciones.

—¡Oh! —exclamé al sentir una mano en mi hombro.

—¿Quién…? —Me volví con rapidez, asustada, y vi a Briana y a Meg que se inclinaban sobre mí con expresión de miedo, a la luz parpadeante de las llamas.

—¡Sarah, corre! —susurró Briana—. ¡Levántate, deprisa!

—¡Corre! —me apremió Meg tirándome del brazo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —farfullé.



Me levanté temblando de pies a cabeza.

—¿Qué sucede?

—Aquéllos chicos —musitó Meg, señalando al otro lado de la hoguera—. ¡Han echado petardos al fuego! ¡Van a estallar!

—¡Corre! —gritaron las dos al unísono.

Meg me dio un empujón para ponerme en movimiento. Di un traspié y salí disparada. Mientras corría, cerré los ojos, esperando la explosión de un momento a otro.

¿Tendría tiempo de alejarme? ¿Habrían escapado también Meg y Briana?

Me detuve en seco cuando escuché las carcajadas, alegres y estridentes.

—¿Qué? —Tragué saliva y giré sobre mí misma. Vi que la mitad del campamento se reía de mí y que Meg y Briana chocaban las manos.

—No. Oh, noooo —murmuré. ¿Cómo había podido caer en una trampa tan tonta?

¿Cómo podían jugar tan sucio conmigo?

Seguro que habían avisado a todos para que miraran. Permanecí sola al borde del claro, sintiendo sus ojos clavados en mí. Oía sus risas y comentanos.

Vi que Jan se carcajeaba, y que Richard y otros instructores sonreían y sacudían la cabeza.

Lo sé, lo sé. Debía haberme reído también. Debía haberlo tomado a broma y no permitir que me trastornara. Pero el día completo había sido un desastre. ¡Estaba tan nerviosa y tan ansiosa

por no cometer más errores…!

Me eché a temblar y sentí los ojos bañados en lágrimas.

«¡No! —me ordené a mí misma—. ¡No debes llorar! No puedes darte el lujo de llorar delante del campamento entero».

«Seguro que te sientes como una completa idiota, Sarah. ¿Qué más da? Sólo ha sido una broma, una broma estúpida».

Alguien me tocó el brazo. Me separé con brusquedad.

—Sarah… —Aaron se hallaba a mi lado y me observaba con los ojos muy abiertos bajo aquella luz llena de sombras.

—Estoy bien —espeté—. Vete.

—No sabes perder —dijo con suavidad—. ¿Por qué te tomas las cosas tan a pecho? Sólo era una broma. ¿Por qué te preocupas por una broma tonta?

¿Sabéis qué me molesta de verdad?

Me molesta cuando Aaron tiene razón.

Quiero decir que él es mi hermano menor, ¿no? ¿Qué derecho tiene a ser la persona sensata y serena de la familia Maas?

Se me sube la sangre a la cabeza cuando Aaron actúa como un hermano mayor.

—¿Te he pedido consejo? —refunfuñé—. Vete a paseo. —Le di un empujoncito para que se apartase.

Se encogió de hombros y regresó corriendo con sus amigos.

Me acerqué con sigilo a la fogata pero no regresé al mismo tronco; se encontraba demasiado cerca del fuego y de Briana y Meg.

Me senté en el extremo de un tronco a un paso del bosque, alejada del resplandor del fuego. La oscuridad me refrescó y ayudó a calmarme.

Richard llevaba rato hablando pero yo no había oído una palabra.

Estaba delante de la enorme hoguera. Su voz era profunda y vibrante pero todos escuchaban con atención para no perder detalle.

Eché un vistazo al círculo de campistas, sus rostros aparecían anaranjados a causa del resplandor de las llamas, y sus ojos centelleaban.

Me pregunté si alguno de ellos sería mi amigo. Sabía que estaba compadeciéndome de mí misma. Me pregunté si alguien más se sentiría como yo.

El vozarrón de Richard me zumbaba sin cesar en los oídos; decía algo acerca de la sala de reunión comunitaria y del horario de comidas. Después empezó a hablar de toallas.

Le presté atención cuando nos presentó a la monitora de actividades acuáticas. Se llamaba Liz.

Todo el mundo rompió a aplaudir cuando se colocó al lado de Richard y uno de los chicos soltó un fuerte aullido.

—¡Es impresionante! —gritó otro, y nadie fue capaz de contener la risa.

Liz también sonrió pues sabía que su aspecto era, en efecto, impresionante. Llevaba unos tejanos ceñidos, recortados por encima de las rodillas y una blusa corta azul marino. Pidió silencio con la mano en alto al tiempo que saludaba.

—¿Lo estáis pasando bien? —preguntó.

Todos gritaron y aplaudieron y varios muchachos silbaron.

—Bien, mañana pasaréis vuestro primer día en el lago —anunció Liz—. Y antes de que os metáis, hay un montón de reglas que debéis conocer.

—Por ejemplo, no os bebáis el agua —terció Richard—. A menos que estéis muriéndoos de sed.

Algunos se rieron. Yo no. La idea de beber aquella agua asquerosa y llena de limo me producía náuseas.

Liz tampoco se rió; miró a Richard con el ceño fruncido.

—Hay que tomarse esto en serio —le recriminó.

—¡Hablaba en serio! —bromeó Richard.

Liz no le hizo caso.

—Cuando regreséis a vuestras cabañas, hallaréis una lista de reglas para deportes acuáticos sobre vuestras literas —continuó, echándose hacia atrás el cabello rojizo, largo y rizado—. Hay veinte reglas en la lista. Y es preciso que os las aprendáis todas.

«¿Qué? ¿Veinte reglas? —repetí para mis adentros—. ¿Cómo puede haber veinte reglas? Tardaremos todo el verano en memorizarlas».

Liz mostró una hoja de papel.

—Ahora repasaré la lista con vosotros. Si tenéis alguna pregunta, no dudéis en hacérmela.

—¿Podemos ir a nadar ahora? —gritó un muchacho para hacerse el gracioso.

Se oyeron carcajadas pero Liz ni siquiera sonrió.

—Regla número ocho —replicó—: no se nada de noche, aunque los monitores estén con vosotros.

—Nunca nadéis con los monitores —bromeó Richard—. ¡Tienen microbios!

«Richard es bastante simpático —pensé—. Parece un buen tipo. En cambio a Liz se la ve muy seria».

El papel ondeó en el viento y Liz lo sujetó con las dos manos. Su cabello rojo brillaba con el resplandor del fuego.

—La regla más importante en el campamento del Lago Frío es el Sistema de Compañeros —anunció Liz—. Cuando os metáis en el lago, siempre debéis estar con un compañero.

Echó una ojeada rápida a los campistas sentados alrededor de ella.

—Aunque el agua os llegue sólo hasta las rodillas, debéis tener al lado a un compañero —señaló—. Podéis cambiar de compañero cada vez o escoger a uno fijo para todo el verano.

Pero siempre debéis tener un compañero. —Aspiró profundamente—. ¿Alguna pregunta?

—¿Querrás ser mi compañera? —gritó un chico.

Todo el mundo estalló en carcajadas, incluso yo. Lo había dicho en el momento más oportuno.

Sin embargo, Liz tampoco sonrió esta vez.

—Como consejera de actividades acuáticas, seré compañera de todos y cada uno —replicó con seriedad—. Atención; regla número dos —prosiguió—: nunca nadéis a más de tres botes de distancia de una de nuestras lanchas de salvamento. Regla número tres: no gritar ni fingir estar en dificultades en el agua. Nada de juegos violentos. Nada de bromas pesadas. Regla número cuatro…

Habló sin parar hasta que hubo leído las veinte reglas.

«¡Qué pelma! Nos habla como si tuviéramos cinco años», pensé.

Había tantas reglas para deportes acuáticos…

—Repetiré una vez más la regla del Sistema de Compañeros… —estaba diciendo Liz.

Fijé la mirada más allá de la fogata y vislumbré el lago oscuro, liso, negro, silencioso.

Las olas eran muy pequeñas y no había corrientes ni mareas peligrosas.

«Entonces, ¿por qué tantas reglas? —me pregunté—. ¿De qué tienen miedo?».

6

Liz habló por lo menos durante media hora seguida, y Richard siguió soltando comentarios jocosos con el ánimo de hacerla reír, pero ella ni siquiera sonrió.

Habló un poco más acerca de cada regla de la lista y luego nos indicó que la repasásemos con atención cuando regresáramos a nuestras cabañas.

—¡Disfrutad de un verano seguro! —recomendó—. ¡Nos veremos en el lago!

De nuevo se escucharon silbidos y aplausos mientras Liz se apartaba del fuego. Bostecé y estiré los brazos por encima de la cabeza pensando que aquello había sido muy aburrido.

Nunca habría creído que en un lugar hubiese tantas reglas.

Aplasté otro mosquito contra mi cuello; ya empezaba a picarme todo. Esto es lo que me ocurre cuando estoy al aire libre; me irrito.

El fuego casi se había apagado y sólo quedaba un manto de brasas resplandecientes sobre el suelo oscuro. Había refrescado un poco.

Para terminar la reunión, Richard pidió que todos nos levantáramos y entonásemos la canción del campamento.

—Los nuevos campistas probablemente no os sabéis la letra —dijo—. ¡Qué suerte la vuestra!

Todos se rieron y Richard empezó a cantar. Poco a poco se incorporaron más voces.

También lo intenté pero no entendía todas las palabras, sólo algunos fragmentos de la canción…

Cuanto más mojados, mejor…

Practiquemos la natación.

Mostremos vigor y buena intención…

Todos absolutamente
saltemos al agua inmediatamente,
al líquido frío, frío,
del campamento del Lago Frío.

¡Qué asco! Estaba de acuerdo con Richard respecto a los versos de la canción. No pegaban ni con cola.

Vi, al otro lado de la fogata, que Aaron cantaba a pleno pulmón, como si ya se hubiese aprendido la letra.

«¿Cómo se las arregla para ser tan perfecto, para encajar en cualquier situación?», me pregunté mientras me rascaba las piernas.

Cuando terminó la canción, Richard levantó los brazos, pidiendo silencio.

—Tengo que hacer unas últimas aclaraciones —anunció—. En primer lugar, ninguno de vosotros tiene oído musical. En segundo…

No quise escuchar el resto. Cuando me volví, encontré a Briana y a Meg a mi lado.

Di un paso atrás.

—¿Qué ocurre? —gruñí.

—Queremos pedirte perdón —dijo Briana.

—Sí —asintió Meg—, sentimos haberte gastado una broma tan estúpida.

La voz de Richard sonaba a nuestras espaldas. Briana me posó la mano sobre el hombro.

—Hemos empezado mal —dijo—. Volvamos al principio. ¿De acuerdo, Sarah?

—Sí, empecemos de nuevo —corroboró Meg.

Sonreí con sinceridad.

—Bien —dije—. Excelente.

—¡Excelente! —repitió Briana, sonriendo también y me dio una palmadita en la espalda—. ¡Empecemos de nuevo!

—Mañana a las cuatro y media —continuaba anunciando Richard—, aquellos que estén interesados en el *windsurfing*…

«Sin duda Aaron se apuntará», pensé mientras observaba a Briana y Meg alejarse de mí.

«Empezar de nuevo», me dije. Me sentía mejor por momentos, pero la agradable sensación duró unos dos o tres segundos, porque entonces sentí una picazón en la espalda y, a lo lejos, vi que Briana y Meg me miraban y se retorcían de risa. Algunos chicos más habían dejado de atender a Richard y me observaban también.

—Ooohh —solté un aullido al sentir que algo se retorcía en mi espalda.

Era algo tibio y seco que se agitaba debajo de la camiseta.

—Ooohh —exclamé cuando se movió de nuevo.

Me llevé la mano a la espalda y palpé debajo de la ropa.

¿Qué sería? ¿Qué me había puesto Briana?

Agarré aquella cosa y la saqué. Entonces empecé a gritar.

7

Lo que se retorcía en mi mano era una serpiente. Parecía el cordón, largo y negro, de un zapato, pero ¡tenía ojos! Y una boca que se abría y se cerraba sin parar.

—¡Noooooo! —Perdí el control por completo.

Solté un alarido penetrante y arrojé la serpiente hacia el bosque con todas mis fuerzas.

La espalda me escocía horriblemente, y aún sentía como si algo se deslizase sobre mi piel. Traté de rascarme con las dos manos.

Los chicos se reían y comentaban entre ellos lo que había hecho Briana.

No me importaba; lo único que quería era librarme de la sensación de tener la serpiente encima. El picor resultaba insoportable, y lancé un grito de rabia.

—¿Cómo habéis podido? —chillé mirándolas—. ¿Qué pasa con vosotras?

Aaron corrió a mi lado para actuar como adulto una vez más.

Justo lo que me faltaba: el señor Hermano Pequeño Maduro.

—Sarah, ¿te ha mordido? —preguntó con delicadeza.

Negué con la cabeza.

—Todavía la siento —gemí—. ¿La has visto? Medía casi un metro.

—Cálmate —susurró Aaron—. Todo el mundo está mirándote.

—¿Crees que no lo sé? —repliqué con brusquedad.

—Bueno, no era más que una serpiente pequeña —dijo—. Absolutamente inofensiva. Intenta recobrar la compostura.

—Yo… yo… yo —balbuceé. Estaba demasiado alterada,

demasiado enfadada para hablar.

Aaron levantó la vista hacia Briana y Meg.

—¿Por qué se meten contigo esas dos? —preguntó.

—No lo sé —respondí con un lamento—. Porque… porque son unas desgraciadas. Por eso.

—Bueno, bueno, intenta calmarte —repitió—. Mírate, Sarah, estás temblando.

—Tú también temblarías si te hubiesen puesto una serpiente repugnante en la espalda —repuse—. Y la verdad es que no necesito tus consejos para nada.

—De acuerdo —contestó. Dio media vuelta y regresó con sus amigos.

—Es increíble —mascullé.

Papá es médico, y Aaron se comporta exactamente igual que él. Piensa que debe cuidar de todo el mundo, pero yo sé cuidar de mí misma; no me hace falta que mi hermano pequeño me diga que me tranquilice a cada momento.

Richard seguía hablando pero no me interesaba. Salí del círculo de la fogata y tomé el camino de la cabaña.

El sendero serpenteaba a través de un bosquecillo en la ladera de la colina, en cuya cima se encontraban las cabañas. Ya lejos del resplandor del fuego, me rodeaba la oscuridad.

Encendí la linterna y enfoqué mis pies con el haz de luz amarilla. Las hojas y ramitas secas crujían debajo de las suelas de mis zapatillas. Los árboles susurraban en lo alto.

¿Por qué había empezado tan mal?, me pregunté una vez más.

¿Por qué me odiaban tanto Briana y Meg?

«Quizá simplemente son así de crueles —concluí—. Quizá son unas miserables desdichadas. Quizá sean crueles con todo el mundo. Se creen importantes porque ya estuvieron aquí el año pasado».

Sin darme cuenta, me había salido del sendero.

—Epa… —Dirigí la linterna hacia uno y otro lado, en busca del camino. La luz recorrió los árboles que se inclinaban por encima de mí, los matorrales y un tronco caído:

El pánico me cerró la garganta.

¿Dónde quedaba el camino? ¿Dónde?

Avancé unos pasos haciendo crujir las hojas secas. De pronto, un pie se me hundió en algo blando.

¡Arenas movedizas!



No. No eran arenas movedizas.

No existen las arenas movedizas. Recordaba haberlo leído en un libro de ciencias de quinto grado.

Me alumbré los pies.

—Oooh. —Lodo. Lodo espeso y pegajoso.

Mi zapatilla estaba cubierta por completo de lodo.

Levanté la pierna resoplando, perdí el equilibrio y casi me caí de espaldas.

«No es más que fango —me dije—. Es asqueroso pero no hay peligro».

Sin embargo, en aquel momento vi las arañas. Docenas de arañas. Las más enormes que había visto en mi vida. Sin duda había pisado un nido escondido en el lodo. Empezaron a trepar por el zapato y la pernera.

—¡Ooohh. Qué asco!

Montones de arañas pululaban por mis piernas, y las agité con fuerza, dando patadas al aire. Después empecé a sacudírmelas con la mano que tenía libre.

—¡Odio este campameeeento! —chillé.

Aparté algunas con la linterna y, de repente, se me ocurrió una idea.

Quizá podría vengarme de Briana y de Meg y pagarles con la misma moneda.

Me habían avergonzado delante del campamento entero, y yo apenas les había hecho nada.

Extraje las baterías de la linterna y respiré profundamente.

Después me agaché y con el hueco de la mano introduje unas cuantas arañas en la linterna, tan deprisa como pude.

¡Qué horror! Sentía náuseas.

¿Os lo imagináis? ¡Yo, recogiendo arañas!

Pero sabía que valdría la pena. Muy pronto.

Llené la linterna y después enrosqué la, tapa, dejando bien encerrados a aquellos bichos negros e inquietos.

Salté por encima de un tronco caído y, por fin, encontré el camino y eché a correr hacia la cabaña, sujetando la linterna con mucho cuidado.

Me detuve delante de la puerta porque vi luz en el interior de la habitación y asomé la cabeza a la ventana abierta. No había señales de vida.

Entré con sigilo.

Levanté el cobertor de la cama de Briana y vacié la mitad de las arañas sobre la sábana. Las cubrí con la manta y la alisé para dejarla como estaba.

Cuando vertía el resto de las arañas en la cama de Meg, oí ruido de pasos detrás de mí, De inmediato cubrí la sábana con la manta y di media vuelta.

Jan entró en la cabaña.

—¿Qué hay? —preguntó con aquella voz suya, ronca y cascada.

—Nada —respondí, al tiempo que ocultaba la linterna tras la espalda.

Jan bostezó.

—En diez minutos se apagan las luces —dijo.

Eché un vistazo a la litera de Briana y advertí que había dejado suelta una esquina del cobertor. «No lo notará», pensé.

Me percaté de que sonreía y al momento cambié mi expresión. No quería que Jan me hiciera preguntas.

Abrió el cajón de la cómoda y sacó un camisón blanco que le llegaba hasta los pies.

—¿A qué te has apuntado para mañana? —quiso saber—, ¿a natación?

—No. A piragüismo —le respondí.

Prefería remar en una canoa, seca y limpia, a chapotear en un lago sucio lleno de peces y otros bichos viscosos.

—¡Vaya! Yo también —dijo.

Iba a preguntarle si querría ser mi compañera cuando Meg y Briana cruzaron la puerta tranquilamente.

Me miraron… y se echaron a reír.

—¿Qué clase de danza salvaje bailabas en la fogata? —se mofó Briana.

—Parecía que tuvieras una serpiente en la espalda o algo así —apuntó Meg.

Se rieron un poco más.

«Muy bien —pensé—. Reíd cuanto queráis ahora, pues en unos minutos seré yo quien se ría cuando os metáis en la cama».

Estaba impaciente.



Unos minutos más tarde, cuando Jan apagó las luces, yo estaba echada en el duro colchón, observando el de Meg, justo encima del mío, con una sonrisa en los labios. Esperando…

Esperando…

Meg se revolvió en la litera superior.

Escuché un grito sofocado y, en seguida, ambas rompieron a chillar.

No pude contenerme y estallé en carcajadas.

—¡Me ha picado! ¡Me ha picado! —aulló Briana.

Se encendieron las luces.

—¡Socorro! —exclamó Meg. Saltó de la cama y sus pies golpearon el suelo con gran estrépito, como si hubiera aterrizado un elefante.

—¡Me ha picado! —berreó Briana de nuevo.

Ambas se sacudían y agitaban y se daban manotazos en los brazos, las piernas, los hombros…

Me mordí el labio para dejar de reír.

—¡Arañas! ¡Arañas por todas partes! —gritó Meg fuera de sí—. ¡Ay! ¡También me han picado! —Se remangó el camisón—. ¡Oh! ¡Cómo duele!

Jan había permanecido al lado del interruptor, y yo no me había movido de la cama. Me divertía mucho verlas saltar y contorsionarse.

Pero las palabras de Jan me borraron la sonrisa del rostro.

—Sarah ha puesto las arañas debajo de las mantas —les dijo—. Al entrar la he sorprendido hurgando en las camas.

¡Menuda chivata! Supongo que todavía estaba enfadada conmigo por desparramarle las medicinas.

Con esto se acabó la diversión.

Meg y Briana me habrían estrangulado si hubieran podido. Tuvieron que ir a la enfermería y despertar a la enfermera para asegurarse de que las picaduras no eran venenosas.

¿Cómo iba yo a saber que aquellas arañas eran de las que picaban?

Al fin y al cabo, sólo era una broma.

Intenté pedirles disculpas cuando regresaron de la enfermería, pero se negaron a dirigirme la palabra, al igual que Jan.

«Está bien —suspiré—. Así que no serán amigas mías. Bueno, ya haré otras amistades…».

A la mañana siguiente, desayuné sola en el comedor. Había dos mesas largas que se extendían de una pared a otra; una para los chicos y la otra para las chicas.

Me senté al extremo más apartado de la mesa de chicas y me comí los cereales en silencio. Las demás charlaban muy animadas, y desde el extremo opuesto, Briana y Meg me lanzaban miradas asesinas.

Vi a Aaron en la mesa de los chicos, que bromeaban y hacían el payaso. Aaron mantenía un buñuelo en equilibrio sobre la frente hasta que otro lo tiró de un manotazo.

«Por lo menos, él se divierte», medité con amargura.

Sentí el impulso urgente de ir a contarle lo triste que estaba, pero sabía que me diría que no le diera importancia.

Así que permanecí en mi extremo solitario de la mesa, masticando los cereales.

¿Me fueron mejor las cosas cuando llegué al lago para navegar en la canoa?

Os doy tres oportunidades para adivinado.

Los chicos ya habían empezado a tirar de las canoas para echadas al agua y todos parecían tener pareja.

Liz se me acercó. Llevaba un bañador blanco que brillaba con los rayos del sol matinal y el cabello, rojo y rizado, recogido en la nuca.

Dejó caer de sus labios un silbato plateado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, con la vista en el lago.

—Sarah —contesté—. Me apunté a piragüismo, pero…

—Necesitas una compañera —dijo—. Encuentra una. Las canoas están allí. —Señaló con un dedo y se alejó.

En aquel momento se oyó el chapoteo de las canoas al entrar en el agua, y el golpeteo de los remos de madera resonó por toda la orilla. Corrí hacia el grupo de canoas en busca de una compañera; pero ya todos habían elegido pareja. Estaba a punto de darme por vencida cuando divisé a Jan, que tiraba de una canoa para meterla en el agua.

—¿Tienes compañera? —le pregunté.

Negó con la cabeza.

—Bien, ¿quieres ir conmigo?

—Me parece que no —replicó con hostilidad—. ¿Te quedan arañas por soltar todavía?

—Jan, por favor… —imploré.

—¿Vais juntas vosotras dos? —Liz apareció por detrás de repente y nos sobresaltó.

—No. Yo… —empezó a decir Jan.

—Yo quiero ser su compañera, pero ella se niega —expliqué. Sonó como si quisiera acusarla, aunque no era mi intención.

Jan me puso mala cara.

—Llevad la canoa al agua —ordenó Liz—. Sois las únicas que faltan.

Jan iba a protestar pero se encogió de hombros con un suspiro.

—Vamos, pues, Sarah. Salgamos.

Nos pusimos los chalecos salvavidas y arrastramos la embarcación hasta el agua; yo tenía un remo en una mano y con la otra sujetaba la embarcación. El bote se balanceaba y golpeaba contra la orilla. La corriente del lago era más fuerte de lo que pensaba. Pequeñas olas rompían sobre la orilla cubierta de hierba. Jan subió y se sentó en la parte delantera.

—Gracias por avergonzarme delante de Liz —masculló.

—Yo no quería… —traté de disculparme.

—Ya, ya. Empuja —me ordenó.

Arrojé el remo dentro de la canoa, así la borda con ambas manos y empujé con todas mis fuerzas. Se deslizó con suavidad, apartándose de la orilla. Tuve que meterme en el agua para llegar a

ella y subirme.

—¡Uuuff! —Con el impulso que me di estuve a punto de volcar la canoa.

—¡Cuidado! —gritó Jan—. Qué patosa eres, Sarah.

—Lo siento —murmuré. Estaba tan contenta de haber conseguido una compañera, que no quería causar más problemas ni discutir por nada.

Por fin subí y me coloqué detrás de Jan.

La canoa se balanceó bastante cuando empezamos a remar. La agitada superficie centelleaba como la plata bajo los fuertes rayos del sol matutino.

Tardamos un poco en alcanzar el ritmo correcto, y las dos permanecimos en silencio.

Los únicos sonidos que se oían eran los del chapaleo de los remos y el del agua al golpear la pequeña embarcación. El lago relucía frente a nosotras como un espejo redondo y gigantesco y, a lo lejos, se divisaban varias canoas. Jan y yo íbamos muy por detrás.

Los salvavidas de goma eran pesados y calurosos, por lo que nos los quitamos y los dejamos en el suelo del bote. Remábamos de un modo constante, ni muy rápido ni muy lento. Eché un vistazo a mis espaldas y me pareció que la orilla estaba a kilómetros de distancia.

Me recorrió un escalofrío; no era una buena nadadora y no sabía si sería capaz de nadar hasta la orilla desde allí.

—¡Aaay! —La canoa había empezado a balancearse.

—¡Ooohh! —Me así a la borda y me volví para descubrir, horrorizada, que Jan se había puesto en pie.

—¡Jan… deténte! ¿Qué vas a hacer? —chillé—. ¿Qué vas a hacer?

El bote se movió con más violencia, y me agarré a los costados intentando estabilizarlo.

Jan dio un paso. La canoa se inclinó, y el agua me salpicó los pies.

—¡Jan… ya basta! —grité de nuevo—. ¡Siéntate! ¿Qué estás haciendo?

Me miró con los ojos entornados, maliciosamente.

—Adiós, Sarah.

10

El bote se ladeó más todavía cuando pasó la pierna por encima de la borda. Se quitó la camiseta que llevaba encima del bañador y la tiró al suelo.

—¡No…, por favor! —supliqué—. No me dejes aquí sola. No sé nadar muy bien. ¿Qué pasará si el bote se vuelca? ¡No creo que pueda llegar a la orilla desde aquí!

—Tú me has arruinado el verano —me acusó—. Ahora todos saben que tengo asma y por eso no me permitirán participar en la excursión de seis días en canoa.

—Pero… pero fue un accidente —balbuceé.

—Y, además, también estás haciéndoles la vida imposible a Briana y a Meg —añadió enfadada.

—No. Espera… —farfullé—. Les pedí disculpas. Yo no…

Se apoyó en la otra pierna; la canoa se inclinó hacia el otro lado; luego cambió de pierna una vez más. Balanceaba la canoa adrede. Intentaba asustarme.

—No la hagas volcar, Jan, por favor… —le rogué.

Ladeó la embarcación todavía más de manera que se bamboleó tanto que creí que me caería al agua.

—De verdad que no sé nadar muy bien —repetí—. No sería capaz de…

Soltó un gruñido de fastidio, se echó el cabello para atrás, levantó los brazos por encima de la cabeza, dobló las rodillas y… se lanzó al agua.

—¡Nooooo! —solté el alarido al tiempo que la canoa se balanceaba con violencia. La zambullida de Jan levantó una ola

espumosa.

La canoa se inclinó…, osciló…, y se volcó.

Salí despedida y golpeé el agua estrepitosamente, sintiendo que el líquido helado me envolvía mientras me hundía.

El pánico me había paralizado.

La canoa rebotó en la superficie por encima de mí.

Sentí que me ahogaba cuando el agua se me metió en la nariz y la boca y, entre convulsiones, comencé a agitar brazos y piernas con desesperación.

Luché por impulsarme hacia arriba y, por fin, saqué la cabeza a la superficie.

Sin parar de toser y escupir, aspiré una bocanada de aire fresco, y luego otra.

La canoa cabeceaba flotando boca abajo.

Me esforcé por recobrar el aliento y calmar mi corazón desbocado.

Después, nadé hasta la embarcación y, pasando un brazo por encima, me aferré a ella como a una tabla de salvación.

A merced de la corriente, entrecerré los ojos para protegerlos de la luz e intenté localizar a Jan.

—¡Jan! ¡Jan! —la llamé—. ¿Jan? ¿Dónde estás?

Busqué y miré en todas direcciones.

Un pánico agudo me atenazó el pecho.

—¿Jan? ¿Jan? ¿Me oyes? —grité.



Me sujetaba a la canoa con una mano y me protegía los ojos con la otra.

—¿Jan? ¿Jan? —grité su nombre tan fuerte como pude.

Y entonces la vi.

Vi su cabellera rubia que lanzaba destellos bajo la intensa luz y vi su bañador rojo. Braceaba con firmeza pero delicadamente, y sus pies dejaban un rastro de espuma.

Se dirigía a la orilla.

«Se ha alejado a nado y me ha dejado aquí», advertí.

Di la vuelta para buscar las otras canoas y, con la mano a modo de visera, las divisé, muy a lo lejos. Demasiado lejos para que pudieran oír mis gritos de auxilio.

«Quizá logre enderezar la canoa —decidí—. Entonces subiré y remaré hasta la orilla».

Pero ¿dónde estaban los remos?

Miré hacia el campamento y vi que Jan hablaba con Liz; gesticulaba frenética y señalaba el lago. Me señalaba a mí.

Los campistas se habían agrupado alrededor de ella. Oía sus voces exaltadas. Gritos y lamentos. Entonces, Liz metió una canoa al agua.

«Viene a rescatarme —pensé—. Seguro que Jan le ha dicho que no puedo nadar una distancia tan larga».

De repente, sentí vergüenza. Sabía que todos me observaban desde la orilla y que debían de comentar lo miedica que era.

No me importaba. Lo único que quería era poner los pies en tierra firme.

Liz no tardó mucho en remar hasta donde yo estaba. En cuanto subí a la canoa, me dispuse a darle las gracias, pero me cortó en seguida.

—¿Por qué lo has hecho, Sarah? —preguntó.

—¿Cómo? —resoplé—. ¿Por qué he hecho qué?

—¿Por qué has volcado la canoa?

Abrí la boca para protestar pero sólo emití un gemido.

Liz me miró con el ceño fruncido.

—Jan dice que has volcado la canoa a propósito. ¿Acaso no sabes que eso es muy peligroso, Sarah?

—Pero… pero…

—Voy a convocar a una reunión especial por ese motivo —dijo —. La seguridad en el agua es muy importante. Las reglas de seguridad deben cumplirse en todo momento. El campamento del Lago Frío no existiría si los campistas no obedecieran todas y cada una de las reglas, sin excepción.

—Preferiría que no existiera —murmuré desanimada.

Así pues, Liz mantuvo una reunión interminable en la sala común. Todos los campistas debían asistir.

Repasó todas las reglas de seguridad en el agua, una por una.

Y luego proyectó cientos de diapositivas acerca del Sistema de Compañeros.

Me senté a un lado y fijé la vista en el suelo pero, cada vez que levantaba los ojos, veía que Briana, Meg y Jan me observaban enfurecidas.

Había otros que también me miraban, y supongo que todos me culpaban por esa reunión larga y aburrida. Sin duda Jan les había contado que había sido yo quien había volcado la canoa.

—Quiero que memoricéis las veinte reglas de seguridad en el agua —decía Liz.

Algunos campistas más me miraron con mala cara.

«Todos, absolutamente todos me odian —pensé, sacudiendo la cabeza con tristeza—. Y no puedo hacer nada para arreglarlo».

De repente, en aquel momento, se me ocurrió una idea.

12

—Me escaparé —le dije a Aaron.

—Adiós —respondió tranquilo—. Buena suerte.

—¡Hablo en serio! —insistí—. No estoy bromeando. Te aseguro que voy a escaparme de este campamento.

—Mándame una postal —se mofó.

Lo había hecho salir del comedor después de la cena. Necesitaba imperiosamente hablar con él. Lo llevé al borde del lago.

No había nadie allí; todo el mundo se encontraba en el comedor del refugio.

Eché una ojeada a las canoas, apiladas de tres en tres cerca del agua. Me acordé de la cabellera rubia de Jan, de su bañador rojo. La visualicé alejándose a nado, dejándome en medio del lago.

Y después, mintiéndole a Liz para meterme en un lío…

Sacudí a Aaron por los hombros.

—¿Por qué no me crees? —mascullé con los dientes apretados.

Soltó una risita.

—No deberías zarandear a alguien que acaba de comer carne del campamento. —Soltó un eructo descomunal.

—Qué basto eres —gruñí.

—Es una tradición familiar —sonrió.

—Deja ya de bromear. Voy a hacerlo —afirmé—. No estoy nada bien, Aaron. Odio este campamento donde no hay ni un teléfono para llamar a papá y mamá. Por lo tanto, tengo que escaparme.

La expresión de su rostro cambió. Comprendió que hablaba en serio.

Hizo rebotar una piedra plana en la superficie del lago. Vi las

ondas extenderse y luego desaparecer.

El cielo gris del atardecer se reflejaba en el agua. Todo era gris. El suelo, el cielo, el agua. El reflejo de los árboles temblaba en el agua gris.

—¿Adónde vas a ir? —me preguntó con suavidad. Noté que se transformaba en el hermano maduro y sabio, una vez más. Pero no me importaba.

Debía contarle mi plan. No abandonaría el campamento sin decírselo.

—Me escaparé por el bosque —señalé—. Hay un pueblo al otro lado, y cuando llegue llamaré a papá y mamá y les diré que vengan a buscarme.

—¡No puedes hacer eso! —protestó.

Adopté una expresión desafiante.

—¿Y por qué no?

—No nos está permitido entrar en el bosque —repuso—. Richard dice que el bosque es peligroso, ¿recuerdas?

Lo zarandeé de nuevo. Estaba tan tensa, tan enfadada, que no sabía qué hacer con las manos.

—¡No me importa lo que diga Richard! —rugí—. Me escaparé, ¿entiendes?

—Dale una oportunidad al campamento, Sarah —suplicó—. No ha transcurrido ni una semana completa. ¡Inténtalo!

En este momento, perdí la calma del todo.

—¡Me repugna que seas tan sensato! —bramé, furiosa.

Lo empujé con las dos manos y abrió la boca, sobresaltado. Perdió el equilibrio y cayó en el lago.

Aterrizó de espaldas en el lodo de la orilla.

—¡Ufff! —El golpe, lo dejó sin aire.

—Lo siento… —imploré—. Ha sido sin querer, Aaron. Yo…

Se levantó trastabillando, arrastrando con él residuos grasientos y trozos de algas, agitando los puños e insultándome.

Suspiré al comprender que incluso mi hermano estaba furioso conmigo.

«¿Qué voy a hacer? ¿Qué puedo hacer?», me pregunté.

De regreso a la cabaña, otro plan comenzó a formarse en mi mente.

Un plan desesperado del todo.

Un plan terriblemente peligroso.
—¡Mañana —musité— sabrán quién soy!

13

Pasé toda la mañana siguiente perfeccionando mi plan. Me atemorizaba, pero sabía que debía llevarlo a cabo.

Nuestro grupo tenía natación libre por la tarde. Por supuesto, todos tenían compañero, excepto yo.

Hundí los pies descalzos en el fango de la orilla y observé que todos se emparejaban y se dirigían al agua.

Grupos de nubes blancas y algodonosas flotaban en el cielo y se reflejaban en el agua, que apenas se movía.

Unos minúsculos mosquitos de agua saltaban sobre la superficie del lago. Los contemplé sin entender por qué no se mojaban.

—Sarah, es hora de nadar —dijo Liz, corriendo hacia donde yo estaba. Llevaba un traje de baño rosa debajo de unos livianos pantalones cortos blancos.

Me acomodé la parte superior del biquini con manos temblorosas. Lo que había planeado hacer me asustaba.

—¿Por qué no estás nadando todavía? —preguntó Liz y me espantó una mosca del hombro.

—Yo… yo no tengo compañero —tartamudeé.

Miró alrededor para ver si encontraba a alguien que me acompañara pero ya todos chapoteaban en el agua.

—Bueno… —torció el gesto, impaciente—. Adelante, nada tú sola pero manténte cerca de la orilla. No te perderé de vista.

—Magnífico. Gracias —dije. Le sonreí y me acerqué con entusiasmo a la orilla. No quería que adivinara que no sería un baño normal, que tenía en mente algo terrible de verdad…

Metí los pies en el agua.

¡Qué fría estaba!

Una nube tapó el sol, el cielo se oscureció y el aire se hizo más fresco.

Los pies se me hundieron en el fondo lodoso del lago; encima de mi cabeza revoloteaban cientos de mosquitos.

«¡Puaj! —pensé—. ¿Por qué me obligan a nadar en el barro con los mosquitos?».

Respiré profundamente y me adentré un poco más. Cuando el agua me llegaba a la cintura, me sumergí por completo y empecé a nadar.

Di unas cuantas brazadas para acostumbrarme al agua fría y recobrar la respiración.

Un poco más allá, Briana y otras chicas competían en una especie de carrera de relevos. Lo pasaban bien, se reían y gritaban.

«En unos minutos se les acabará la alegría», me dije con amargura.

En aquel momento, una masa de agua se abalanzó sobre mí, Grité, y al instante otra ola me golpeó el rostro. No tardé mucho en descubrir que alguien me salpicaba. Era Aaron.

Apareció frente a mí y me escupió un chorro de agua a la cara.

—¡Asqueroso! ¿Cómo eres capaz de meterte esta agua en la boca? —grité, escandalizada.

Se rió y se alejó a reunirse con su compañero.

«Él también dejará de reírse en un momento —pensé—. A partir de hoy, me tratará de otro modo».

«Todos me tratarán de otro modo».

De repente, me sentí culpable. Debía haberle dicho a Aaron lo que planeaba para que no se asustara. Sólo quería asustar a los demás. Pero si le contaba el plan al sensato y práctico Aaron, intentaría convencerme de que no lo hiciera o se chivaría a Liz para que me lo impidiese.

«No, no. Nadie me detendrá», juré.

¿Habéis adivinado ya mi plan de urgencia?

En realidad, era muy simple.

Planeaba ahogarme.

Bueno…, no ahogarme de verdad.

Me proponía bucear hasta el fondo y permanecer allí tanto tiempo como me fuera posible, y hacer creer a todos que me había

ahogado.

Puedo aguantar la respiración durante mucho tiempo, debido a que toco la flauta, por lo que he desarrollado muchísimo mi capacidad pulmonar.

Creo que resisto bajo el agua hasta casi tres minutos.

Tiempo suficiente para darles un susto de muerte.

Quedarán petrificados. Incluso Meg, Briana y Jan.

14

El lago era poco profundo cerca de la orilla, pero hacia el interior el fondo descendía abruptamente.

Me impulsé con fuerza con los pies para alejarme de los demás y me enderecé del todo, con las piernas rígidas y extendidas.

Sí.

Pegué brazos y manos a los costados y me dejé caer.

Y bajé, y bajé.

Mientras descendía, abrí los ojos y no vi más que verde. Ondas de pálida luz brillaban a través del verde.

«Estoy flotando dentro de una esmeralda —pensé—. Estoy sumergida en el fondo de una joya verde y reluciente».

Recordé la pequeña esmeralda del anillo de mamá, que nunca se quitaba porque era su alianza. Me acordé de papá y mamá y pensé en lo tristes que se sentirían si me ahogara de verdad.

«Nunca debimos mandar a Sarah a aquel campamento de deportes acuáticos», dirían.

Mis pies golpearon el suelo mullido del lago y una burbuja escapó de mi boca. Apreté los labios para no perder aire.

Me dejé llevar despacio hacia la superficie.

Cerré los ojos y permanecí inmóvil para que pareciera que me había ahogado.

Me imaginé el horror reflejado en el rostro de Liz cuando viera mi cuerpo flotando tan quieto, por debajo de la superficie y con los cabellos meciéndose al compás de las olas.

Casi me reí al pensar en Liz saltando al agua para rescatarme, viéndose obligada a mojarse sus lindos pantalones blancos.

Me esforcé por no moverme, apreté los párpados con más fuerza y me puse a pensar en Briana, Meg y Jan.

«Se sentirán tan culpables —me dije— que nunca podrán perdonarse haberme tratado tan mal».

«Después de esta señal de alarma, comprenderán que se portaron de manera abominable y querrán ser mis mejores amigas».

«Todas seremos buenas amigas y pasaremos un verano maravilloso».

Empecé a notar una opresión en el pecho, y la garganta me quemaba.

Entreabrí los labios y dejé salir unas pocas burbujas más. Sin embargo, la garganta aún me ardía y sentía como si el pecho fuera a estallarme.

Flotaba boca abajo, con las piernas estiradas y los brazos sueltos.

Agucé el oído para captar los gritos de alarma.

A estas alturas, ya debían de haberme visto.

Esperaba oír las llamadas de socorro y las voces de los chicos al avisar a Liz.

Pero sólo percibí el silencio, el silencio pesado que reina debajo del agua.

Solté otra burbuja.

El dolor en el pecho se volvió intenso, sentía que iba a reventar.

Abrí los ojos. ¿Había alguien cerca? ¿Llegaría alguien a rescatarme?

Nada más que verde por todas partes.

«¿Dónde está la gente? —me pregunté—. Sin duda Liz ya me habrá localizado. ¿Por qué tarda tanto en sacarme del agua?».

De nuevo la visualicé en mi mente, con sus pantalones de tenis blancos, sus brazos y piernas morenos, su cabello rojizo…

«Liz ¿dónde estás?».

«Liz ¿no ves que me ahogo? Dijiste que no me perderías de vista, ¿recuerdas?».

«No resistiré mucho más».

«Tengo el pecho a punto de estallar; me tiembla todo el cuerpo, me arde; mi cabeza está partiéndose en dos».

«¿Es que nadie sabe dónde estoy?».

Sentí que me mareaba.

Cerré los ojos pero el mareo no desapareció.

Exhalé el aire que me quedaba en los pulmones.

«Sin aire —pensé—. No hay más aire…».

Los brazos y las piernas me dolían, el pecho me quemaba.

Vi unos puntos amarillos, brillantes, a pesar de que tenía los ojos cerrados.

Las luces amarillas bailaban, cada vez más fulgurantes… Realizaban una danza enloquecida en torno a mí, en torno a mi pobre cuerpo tembloroso y ardiente.

El pecho… estallaba… estallaba…

Tenía tanto frío, de repente. Tanto frío…

Las luces amarillas bailaban y brillaban cada vez más, cegadoras como focos, como grandes linternas que me deslumbraban.

Destellaban alrededor de mi cuerpo helado, estático.

El frío me hizo estremecer. La boca se me llenó de agua, espesa y gélida.

Me di cuenta de que había pasado demasiado tiempo bajo la superficie.

Nadie vendrá. Nadie vendrá a salvarme.

Demasiado tiempo… demasiado tiempo.

Me esforcé por ver algo pero las luces relucían demasiado.

«No puedo ver nada…, nada…».

Tragué agua por segunda vez.

«No puedo ver. No puedo respirar».

«No puedo quedarme por más tiempo bajo la superficie. No puedo esperar más».

Intenté sacar la cabeza del agua pero me pesaba mucho; una tonelada.

«No aguanto más…».

«No puedo respirar».

Sacando fuerzas de flaqueza, sacudí los hombros y me impulsé hacia arriba con la cabeza erguida.

Pesaba tanto… Tenía el cabello empapado y me pesaba muchísimo. El agua me chorreaba por el rostro, por encima de los ojos.

Miré hacia la orilla, forzando la vista ante las luces refulgentes.

Achiqué los ojos para ver a través del agua que me chorreaba del cabello.

Agucé la vista…

Allí no había nadie.

Di media vuelta y escruté la superficie del lago.

Nadie; no había un alma en el agua, ni en la orilla.

«¿Dónde están? —me pregunté, tiritando, con escalofríos—. ¿Adónde se han ido?».

15

Conseguí llegar a la playa.

Tenía los pies dormidos y no sentía el suelo fangoso al salir del lago dando traspiés.

Me froté los brazos y tampoco sentí las manos, ni el agua que se escurría por mi espalda.

No sentía nada. Estaba entumecida; insensible por completo.

—¿Dónde está todo el mundo? —grité.

Pero ¿había emitido algún sonido? ¿Tenía voz?

Yo no me oí.

Di unos pasos por la hierba y me sacudí, como hacen los perros para secarse, con la esperanza de producir alguna sensación en mi cuerpo insensible y helado.

—¿Adónde se han ido?

Abrazándome, avancé unos pasos, trastabillando. Me tropecé con las canoas y me detuve. Estaban amontonadas boca abajo y amarradas junto a la orilla.

¿No habían salido ese día con las canoas? ¿No estaban todas en el lago?

—¡Hola! —grité.

¿Por qué no oían mis llamadas?

—¿Dónde estáis?

Ni un alma en ninguna parte. Giré sobre mí misma y casi perdí el equilibrio. Ni un alma en el agua.

Nadie. Absolutamente nadie.

Pasé al lado de los chalecos salvavidas y los botes de caucho, cubiertos con una lona protectora.

«¿Es que ya nadie los usa? —me pregunté—. ¿Por qué están tapados?».

¿Por qué se habían marchado del lago tan de repente?

Tiritando y abrazándome, emprendí el camino del refugio y cuando los árboles aparecieron ante mí, me sobresalté.

Estaban desnudos, deshojados como en pleno invierno.

—¡Noooooooo! —Un alarido de pánico escapó de mi garganta. Un alarido silencioso.

¿Había alguien que pudiera oírme?

¿Cuándo se habían caído las hojas? ¿Por qué se habían caído en pleno verano?

Arranqué a correr hacia el albergue. ¡Qué frío hacía! Estaba aterida.

Algo me rozó la espalda. Algo hormigueó en mis párpados.

¿Nieve?

Sí. Caían diminutos copos de nieve, mecidos por una brisa suave. Los árboles pelados crujían y se agitaban.

Me sacudí la nieve del cabello mojado.

¿Nieve?

Eso era imposible. Todo era imposible.

—¡Hooolaaa! —Mi grito resonó por entre los árboles, ¿o no?

¿Había alguien que escuchara mi llamada de auxilio?

—¡Socoooorro! —grité—. ¡Qué alguien me ayude!

Silencio. Sólo se oía el rumor de las ramas por encima de mi cabeza.

Eché a correr de nuevo. Mis pies descalzos avanzaban en silencio sobre el suelo helado.

Por fin, al salir del bosque, divisé las cabañas. Sobre los tejados planos había una fina capa de nieve.

El suelo aparecía tan gris como el firmamento. Las cabañas estaban a oscuras, las paredes de planchas presentaban un tono grisáceo. Todo lo que me rodeaba era gris.

Un mundo frío y gris.

Abrí la puerta de la primera cabaña que encontré.

—¡Hola…, necesito ayuda! —grité.

Lo que vi era una habitación vacía.

Allí no había nadie, ni mochilas ni prendas de vestir esparcidas por todas partes.

Levanté los ojos hasta las literas adosadas a la pared. Mantas, sábanas, colchones…, todo había desaparecido.

«Supongo que nadie se aloja en esta cabaña», me dije.

Retrocedí hasta la puerta, giré y recorrí la hilera de cabañas, todas a oscuras y silenciosas.

Mi cabaña se hallaba donde el sendero torcía hacia la cima de la colina. Con un suspiro de alivio, me acerqué y empujé la puerta.

—¿Briana? ¿Meg?

Vacía y oscura.

No había colchones. Habían arrancado los carteles de las paredes. No vi ropa, ni bolsas, ni maletas.

Ni rastro de que alguien hubiera vivido allí alguna vez.

—¿Dónde estáis? —gemí—. ¿Dónde estoy?

¿Dónde estaban mis cosas? ¿Dónde estaba mi cama?

Proferí un alarido de miedo y huí de la cabaña.

Entumecida y helada, con el bañador mojado, corrí en medio del aire gélido.

Vagué por todo el campamento, abriendo puertas, asomándome a las habitaciones vacías y desnudas. Gritando. Pidiendo que alguien, cualquiera, me ayudara.

Entré en el edificio principal, y el techo de madera me devolvió el eco de mi voz.

¿Seguro? ¿De verdad emitía sonidos?

¿Por qué no lograba escucharme?

Irrumpí en el comedor. Habían apilado los largos bancos de madera sobre las mesas. La cocina estaba vacía y oscura.

«¿Qué ha ocurrido?», me pregunté, tiritando de manera incontenible.

¿Dónde se habían metido? ¿Por qué se habían marchado todos? ¿Cómo habían conseguido irse tan rápidamente? ¿Cómo es posible que esté nevando?

Salí al frío exterior dando traspiés. La neblina ya empezaba a formarse sobre la tierra gris. Me froté el cuerpo, tratando de entrar en calor.

Vagué de un edificio a otro, aterrorizada y confundida. Sentía que todavía estaba nadando. Nadando en la neblina gris espesa. Nadando en un gris infinito.

Y, entonces, oí una voz y me detuve.

Una voz muy débil, de muchacha.
Una voz que cantaba.
Una voz frágil y aguda que cantaba.
—¡No estoy sola! —grité.
Escuché atentamente la canción. Era una canción triste entonada con extrema melancolía.
Comencé a dar voces.
—¿Dónde estás? ¡No te veo! ¿Dónde estás?

16

Seguí la voz hasta el edificio principal y, al llegar allí, vi a una chica sentada en los escalones de madera.

—¡Hola! —exclamé—. ¡Hola! Hacía rato que buscaba a alguien. ¿Puedes ayudarme?

Siguió cantando como si no me hubiera visto. Cuando me acerqué a ella, me percaté de que cantaba el himno del campamento del Lago Frío, con aquella voz quebradiza y apenas perceptible.

El cabello rubio, casi blanco, le caía a ambos lados de la cara, ondulado y largo. Era bonita, delicada y pálida. Increíblemente pálida.

Llevaba una camiseta blanca sin mangas y pantalones muy cortos, blancos también. La nieve continuaba cayendo alrededor, y yo temblaba; en cambio, ella no parecía sentir frío.

Movía la cabeza de un lado al otro mientras cantaba, con los ojos azules y redondos fijos en el cielo. Parecían dos canicas incrustadas en el rostro pálido.

Me planté delante de ella y me sacudí la nieve de la frente. No me miró hasta que hubo terminado de cantar y luego me sonrió.

—¿Qué tal, Sarah? —Su voz, al hablar, era tan suave como cuando cantaba.

—¿Cómo… cómo sabes mi nombre? —tartamudeé.

Su sonrisa se hizo más amplia.

—Te esperaba —dijo—. Me llamo Della.

—Della…, tengo mucho frío —le dije quejumbrosa.

Se levantó, dio media vuelta y extrajo un bulto de detrás de la

escalera. Era un albornoz blanco. Lo puso sobre mis hombros temblorosos.

Sus movimientos eran tan delicados que apenas noté sus manos. Me ayudó a anudarme el cinturón. Me sonrió de nuevo.

—Te esperaba, Sarah —repitió. Su voz era un suspiro, un susurro.

—No entiendo —exclamé—. ¿Dices que me esperabas?

Asintió. Su cabello casi blanco flotaba con cada movimiento de la cabeza.

—No puedo irme sin ti, Sarah. Necesito una compañera.

La observé, intentando comprender.

—¿Dónde está la gente? —pregunté desesperada—. ¿Adónde se han ido? ¿Por qué no hay nadie más que tú? —Me quité la nieve de las cejas—. Della ¿cómo es posible que haya llegado el invierno? .

—Tú serás mi compañera, ¿verdad, Sarah? —Sus ojos azules me miraron con pasión. El cabello formaba un halo que enmarcaba su cara descolorida.

Pestañeé, sorprendida.

—No entiendo —dije—. Por favor, responde a mis preguntas.

—¿Verdad que serás mi compañera? —repitió con ojos suplicantes—. He esperado mucho tiempo para tener una, Sarah. Mucho tiempo…

—Pero, Della…

Empezó a cantar de nuevo. Metí las manos en los bolsillos del albornoz, temblando. No conseguía que se me pasara el frío ni la tiritera.

¿Por qué entonaba la canción del campamento con tanta tristeza?

¿Por qué no quería contestar mis preguntas?

¿Cómo había sabido mi nombre? ¿Y por qué había dicho que me esperaba?

—Della, por favor… —le rogué.

Flotó por los escalones de madera hacia el vestíbulo sin dejar de tararear su extraña canción. Su cabello lanzaba destellos dorados en la luz grisácea, y jirones de neblina se enroscaban en torno a su cuerpo mientras avanzaba.

—¡Oh! —exclamé al descubrir que veía a través de ella.

—¿Della…?

Continuó caminando sin tocar el suelo, meneando la cabeza de un lado a otro, modulando la voz en un susurro.

—¿Della…?

Dejó de cantar y me sonrió de nuevo. Tenía el cabello cubierto de nieve. La neblina aún la envolvía. Veía las oscuras tablas de madera del vestíbulo a través de su cuerpo.

—Sarah, ahora eres mi compañera —susurró—. Necesito una. Todo el mundo debe tener un compañero en el campamento del Lago Frío.

—¡Pero… pero si estás muerta! —solté horrorizada.

«Della está muerta —repetí para mis adentros, intentando hacerme a la idea. Y yo soy su compañera. Lo que significa… ¡Significa que también estoy muerta!».

17

Della se acercó a mí flotando, pálida y ligera. El viento le hacía ondear el cabello, que brillaba como una aureola.

—Estás muerta —murmuré—. Y yo también.

Al pronunciar estas palabras, me estremecí.

Comencé a aceptar la verdad, a comprender qué había sucedido.

Probablemente Della se había ahogado allí, en el lago.

Por ello todos insistían tanto sobre las reglas de seguridad.

Esto explicaba las charlas interminables acerca de las reglas de seguridad en el agua. Y la larga lista. Y por qué que los instructores recalcaban la importancia del Sistema de Compañeros una y otra vez.

Della se ahogó aquí y ahora soy su compañera. Soy su compañera porque también me he ahogado.

—¡Noooooo! —Lancé un aullido de horror y de incredulidad.

Eché la cabeza hacia atrás y aullé como un animal. Aullé de compasión de mí misma.

Della flotaba sobre mí, observándome, esperando que me calmara. Sabía lo que me bullía en la cabeza. Sabía que lo había comprendido todo.

Aguardó pacientemente. ¿Durante cuánto tiempo había esperado que llegase para tener una compañera, una compañera muerta? ¿Durante cuánto tiempo había esperado que otra infortunada muchacha se ahogara?

—¡Nooo! —gemí—. ¡No, no lo haré, Della! ¡No puedo hacerlo! ¡No seré tu compañera! ¡No!

Le di la espalda, tan alterada, que por poco caigo de rodillas.

Arranqué a correr. Se me abrió el albornoz, y la tela aleteaba como un pájaro mientras me alejaba de ella. Corrí descalza sobre la nieve y por entre remolinos de niebla, rodeada de gris.

—¡Regresa, Sarah! —oí que me llamaba Della—. ¡Vuelve! ¡Tienes que ser mi compañera! ¡Estoy atrapada aquí como un fantasma. No puedo marcharme del campamento, no puedo irme al otro mundo sin una compañera!

Pero no me detuve. Continué corriendo por el campamento; pasé por delante de las cabañas y del almacén, al borde del bosque.

Huía de su llamada, de su voz fantasmagórica.

«No quiero ser su compañera —me dije—. ¡No quiero ser un fantasma!».

Levantaba la nieve con los pies, en mi loca carrera por entre los árboles deshojados, sin mirar atrás.

Al llegar a la orilla del lago, me detuve. Sentir el agua helada en los pies me hizo parar.

El agua fría y gris.

Me esforcé por recuperar el aliento pero me dolía el pecho, como si fuese a estallar.

Me volví, jadeando, y vi que Della se acercaba flotando entre los árboles, con los ojos resplandecientes de fuego azul.

—Tú tampoco podrás irte sin mí, Sarah —dijo—. No podrás salir de aquí.

Aparté la vista de ella y miré el lago.

El pecho, la cabeza, todo me dolía mucho. Me ahogaba; el pecho iba a explotarme.

Me dejé caer en el barro mientras el gris se convertía en negro.

18

Por encima de mí revoloteaban miles de diminutos puntos blancos.

Pensé que eran luciérnagas en su paseo nocturno por la hierba.

Las lucecitas se hicieron más brillantes, redondas como chorros de luz.

Más brillantes.

Hasta que me encontré ante una bola de oro resplandeciente.

Parpadeé.

Tardé bastante en darme cuenta de que lo que estaba mirando era el sol.

Aparté los ojos.

De repente, me sentía pesada. Notaba el suelo debajo de mí y el peso de mi cuerpo sobre él.

Mi cuerpo, estaba recobrando un cuerpo sólido.

Oí que alguien se movía muy cerca.

Pestañeé unas cuantas veces más y vi a Liz.

Tenía el rostro enrojecido y la boca torcida en un gesto de preocupación.

—Ooohh —me quejé cuando presionó con ambas manos. Las levantó y apretó de nuevo.

Noté que me salía agua de la boca abierta.

Me atraganté y, al momento, otro chorro de agua me resbaló por la barbilla.

—Está volviendo en sí —anunció Liz. Volvió a presionarme el pecho—. ¡Está viva! —gritó emocionada.

Detrás de ella, vislumbré piernas, bañadores, campistas.

Sí, eran los otros campistas.

Gemí de nuevo y Liz continuó ocupándose de mí.

«Estoy echada de espaldas —pensé—. Estoy en la orilla del lago y Liz está practicándome la respiración artificial».

«Los otros campistas me rodean, mirando cómo Liz me salva la vida».

—¡Estoy… VIVA! —El grito se me escapó de la garganta.

Me incorporé y los miré uno por uno.

Todos han regresado. Incluso yo.

Liz soltó un suspiro y se dejó caer de rodillas.

—¿Sarah, cómo te encuentras? —preguntó sin aliento. Se enjugó el sudor de la frente con el dorso de la mano—. ¿Estás bien?

—Creo que… sí —murmuré.

Notaba un sabor amargo en la lengua y todavía me sentía algo mareada.

Detrás de Liz, algunos campistas lo celebraron aplaudiendo.

—Por un momento, pensamos que te habíamos perdido —dijo Liz—. Dejaste de respirar. ¡Qué susto!

Entre dos instructores me ayudaron a ponerme en pie y luché por combatir el mareo.

—¡Estoy bien! —exclamé—. Gracias a ti, Liz. Me… me has salvado la vida.

La abracé y también a Aaron, que se hallaba a su lado.

Briana y Meg andaban cerca y se sobresaltaron cuando las abracé también a ellas.

Me alegraba tanto estar viva, lejos de aquel invierno gris y de la espantosa chica fantasma en el campamento desierto.

—Sarah, ¿qué ha ocurrido? —preguntó Liz, posando la mano sobre mi hombro húmedo y apartándome con suavidad el cabello del rostro.

—No estoy segura —titubeé—. No sé qué ha pasado exactamente.

—Cuando vi que no respirabas, me asusté muchísimo. —Liz se estremeció.

—Ya estoy bien —la tranquilicé con una sonrisa—. Gracias a ti.

—Lo ha hecho para llamar la atención —oí que susurraba alguien. Me volví y vi que Jan cuchicheaba con otra chica—. Ahora, todo el mundo se verá obligado a decir: «¡Pobre Sarah!» —susurró

con malicia—. Ahora todos tenemos que hacernos los simpáticos con ella.

Me sentí dolida y abrí la boca para replicarle, pero estaba tan contenta de haber regresado, de seguir con vida, que preferí no hacer caso.

Me apoyé en Aaron y dejé que me acompañara a la cabaña.

—Voy a sacar partido de lo que queda de campamento —le dije —. De veras que sí.

La enfermera me examinó minuciosamente. Después me fui a descansar y dormí una larga siesta.

Cuando desperté, me moría de hambre y caí en la cuenta de que no había comido en todo el día.

Me puse unos tejanos y una camiseta del campamento y eché a correr en dirección a la fogata.

Mientras bajaba por el sendero que conducía al claro del bosque, percibí el aroma de los perritos calientes y de las hamburguesas al asarse en la barbacoa.

Richard me dio la bienvenida al círculo de la fogata.

—¡Sarah, tienes muy buen aspecto! —exclamó—. Me han explicado lo que te pasó esta tarde en el lago.

—Bueno, estoy bien ahora —le dije—. Me siento fenomenal.

—Te lo advierto: no nos des más sustos como éste —me reprendió— o te haremos nadar en la piscina de los niños.

—Tendré mucho cuidado —prometí.

—Más te vale, porque aquí no hay piscina para niños —bromeó.

Solté una carcajada.

—Siéntate —dijo, señalando el círculo de troncos—. ¡Sentaos todos! —gritó—. Celebraremos una reunión antes de comer.

La mayoría de los campistas ya habían ocupado sus sitios. Miré alrededor, en busca de un asiento libre.

—¿Sarah…? —oí que llamaba alguien—. Sarah, estoy aquí.

Cuando vi a Della solté un grito de espanto.

Della. A solas en un tronco apartado cercano al bosque, con el rubio cabello flotando en torno a su pálido rostro y la luz del crepúsculo atravesando su cuerpo.

Traspasándola por completo.

—¡Nooo! —sollocé.

—Ven, Sarah —decía—. Por favor, siéntate conmigo. ¡Sé mi compañera!

19

Me cubrí el rostro con las manos y rompí a chillar.

—¡No! ¡Tú no estás aquí! —bramé—. ¡Eres un fantasma! ¡No perteneces aquí! ¡Ahora estoy viva! ¡Viva!

Me volví y vi que Richard y Liz corrían hacia mí. Aaron se levantó de un salto y se acercó a toda prisa.

—¿Sarah, qué pasa? ¿Qué te ocurre? —me preguntó.

—¿Es que no la ves? —grité, señalando el tronco donde se encontraba—. ¡Es un fantasma! ¡Pero yo estoy viva!

Liz me abrazó.

—Cálmate, Sarah —dijo en voz baja—. Todo está bien.

—¡Pero si ella está sentada allí! —balbuceé.

Todos miraron el tronco.

—Allí no hay nadie —aseguró Richard, observándome con los ojos entornados.

—Has sufrido un terrible accidente —dijo Liz con mucha delicadeza—, una impresión muy fuerte. Todavía estás alterada, Sarah.

—Pero… pero… —tartamudeé.

Advertí que Briana, Meg y Jan, sentadas en un mismo tronco, hablaban en voz baja y me observaban.

«¿Qué estarán diciendo de mí?», me pregunté.

—¿Quieres que te acompañe a la cabaña? —se ofreció Richard.

Sacudí la cabeza.

—No. Quiero comer.

Liz se rió.

—¡Éste es el problema! ¡Tienes tanta hambre que ves cosas

raras! Vamos a darte un perrito caliente en seguida.

Después de un par de salchichas, empecé a sentirme mejor. La reunión alrededor de la fogata comenzó y me senté junto a unas chicas de otra cabaña.

Mientras Richard hablaba, eché un vistazo al círculo de campistas y estudié sus rostros, iluminados por el fuego. Buscaba a Della.

Della, la fantasma…

¿Seguiría allí, mirándome, esperando que fuera su compañera?

Me incliné hacia delante con todo el cuerpo entumecido por la tensión y forcé la vista para descubrir aquella cara palidísima.

Pero había desaparecido.

Por el momento.

Liz tomó la palabra. La mayoría de los campistas refunfuñaron cuando empezó a leer las reglas de seguridad en el agua.

—Hoy hemos tenido un aviso —dijo—, un accidente que por poco acaba en tragedia.

Sabía que todos me observaban y me sonrojé. Desvié la vista hacia las llamas amarillas de la fogata.

Cuando levanté los ojos, vi que Briana, Meg y Jan cuchicheaban en el tronco contiguo al mío. ¿Acerca de mí?

—¡Son tan importantes las reglas de seguridad en el agua, aquí, en el campamento del Lago Frío! —decía Liz—. Algunos se burlan y dicen que este montón de reglas es la maldición del campamento del Lago Frío, porque hablamos de ellas sin cesar.

Se puso en jarras y nos escrutó con la mirada uno por uno.

—Sin embargo, tal como pudimos comprobar esta tarde —prosiguió—, el Sistema de Compañeros no es una maldición. Es una bendición.

Por detrás de las alborotadas llamas de la gran hoguera, apareció una cara.

Perdí el aliento.

¡Della!

No. Era una chica de otra cabaña que se había levantado para servirse otro bocado.

Me relajé un poco.

«Debo abandonar este lugar —decidí—. Es imposible que me divierta si tengo que estar pendiente de Della».

Liz siguió machacando el tema de las reglas.

Richard anunció algunas actividades.

Los campistas entonaron canciones de acampada.

Cuando terminó la reunión, me puse en marcha en dirección a la cabaña, sin perder tiempo.

No había avanzado mucho cuando oí pisadas a mi espalda. Y alguien que pronunciaba mi nombre.

¿Sería el fantasma?

Di media vuelta y vi a Aaron que se acercaba corriendo.

—¿Por qué gritabas? —preguntó—. ¿De verdad crees que has visto un fantasma?

—No voy a decírtelo —gruñí y apreté el paso—. Te burlarías de mí.

—Ponme a prueba —repuso, acelerando también—. No me reiré. Te lo prometo.

—He visto el fantasma de una chica —le confesé—. Te juro que lo he visto. Me llamaba. Quiere que sea su compañera.

Aaron soltó una carcajada.

—No, en serio —dijo—. ¿Qué fue lo que viste? No bromees.

—¡No estoy bromeando! —grité—. Debo salir de este lugar, Aaron. Voy a escaparme, buscaré un teléfono y llamaré a papá y mamá. Ésta noche. Y les diré que vengan a buscarme.

—¡No puedes! —exclamó. Me tomó del brazo y me obligó a detenerme. Los chicos que pasaban por nuestro lado nos miraban extrañados—. Mamá y papá no querrán venir más que una vez, por lo tanto, si los llamas me obligarán a irme a casa también —protestó—, y yo no quiero marcharme. ¡Lo estoy pasando en grande!

—Tú no lo comprendes —dije—. No puedo quedarme. No puedo…

—Por favor, Sarah —suplicó—. Aguanta un poco más. No te rindas. Lo que pasa es que estás un poco confusa por lo que ocurrió esta tarde en el lago pero lo superarás. Espera un poco.

No accedí ni me negué.

Sólo le di las buenas noches y me dirigí a la cabaña.

Las luces estaban encendidas, y mis compañeras charlaban en voz baja. Cuando entré, se callaron de golpe.

Las tres me clavaron la vista, con expresión tensa. Se levantaron

y me acorralaron en el centro de la habitación.

—¿Qué queréis? ¿Qué vais a hacer?

20

—Queremos pedirte disculpas —aclaró Briana.

—No nos hemos portado nada bien contigo —añadió Jan con su voz áspera—. De veras, lo sentimos.

—Hemos estado hablando de ello —dijo Briana— y hemos…

—Hemos decidido que fuimos muy injustas contigo —interrumpió Meg—. Perdónanos, Sarah.

—Yo… también lo siento —balbuceé. Me sentía tan aturdida, que apenas era capaz de hablar.

—Empecemos de nuevo —sugirió Briana, tendiéndome la mano—. Mucho gusto, Sarah. Me llamo Briana.

—¡Excelente! A partir de cero —exclamó Jan.

—Gracias. Me alegro mucho —les dije. Y lo decía de corazón.

Jan se volvió hacia Briana.

—¿Cuándo te hiciste eso en las uñas? —le preguntó.

Briana sonrió y levantó ambas manos. Llevaba las uñas pintadas de morado brillante.

—Es un color nuevo —explicó—. Me las pinté después del baño.

—¿Cómo se llama ese color? —preguntó Meg.

—Mosto, creo —contestó Briana—. Todos tienen nombres extravagantes. —Extrajo el frasco de esmalte de su bolsa y me lo ofreció—. ¿Quieres probarlo?

—Bueno… claro que sí —acepté.

Las cuatro estuvimos pintándonos las uñas de morado hasta mucho después de la orden de apagar las luces.

Más tarde, ya acostada en mi litera y sintiendo que el sueño me invadía, pensaba en mis tres compañeras de cuarto con una sonrisa

en los labios. Mis tres amigas.

Habían conseguido que me animara.

Sin embargo mi alegría se desvaneció cuando oí una voz susurrante que me llegaba desde la oscuridad.

—Sarah… Sarah…

Contuve el aliento.

Y, entonces, aquella voz frágil y suave como la brisa sonó muy cerca de mi oído.

—Sarah, creía que eras mi compañera. ¿Por qué me has abandonado?

—No… por favor —imploré.

—Sarah, te esperé mucho tiempo —musitó la voz fantasmal—. Ven conmigo; ven conmigo Sarah…

Una mano helada se posó en mi hombro.

21

—¡Ooohh!

Me incorporé en la cama como impulsada por un resorte y me encontré ante los ojos negros de Briana, que apartó la mano.

—Sarah —susurró—. Estabas llorando dormida.

—¿Qué? ¿Cómo? —dije con voz entrecortada.

El corazón me latía con fuerza y estaba bañada en sudor.

—Estabas llorando dormida —repitió—. Gemías y te quejabas y pensé que era mejor que te despertara.

—Gracias, Briana —barboteé—. Supongo que tenía una pesadilla.

Asintió con un gesto y luego regresó a su litera.

Permanecí sentada en la cama con la mirada perdida en la oscuridad.

¿Una pesadilla?

No me lo parecía…

—Si no quieres participar en la prueba de larga distancia, no hay problema —me comunicó Liz a la hora del desayuno, la mañana siguiente.

Estaba inclinada sobre mí y pude oler el dentífrico en su aliento.

—Bueno… ¿Cuánto dura la prueba?

—Se trata de nadar hasta la mitad del lago y regresar —me explicó—. Yo estaré en un bote en el punto medio. En realidad, no es una gran distancia pero si prefieres hacer novillos…

Dejé la cuchara sobre la mesa. Meg y Briana me observaban

desde el lado opuesto y, junto a mí, Jan luchaba por tragarse un gofre, mal tostado y frío.

—Venga, ven a nadar con nosotras —insistió Briana.

—Seré tu compañera —se ofreció Jan—. Nadaré a tu lado, Sarah.

Me vino a la mente la desagradable aventura con la canoa y, por enésima vez, recordé el horrible momento en que Jan saltó al agua, volcó la canoa y me dejó sola.

Pero ahora todo era diferente. Éramos amigas, las cuatro. Debía olvidar el suceso de la canoa y lo mal que habíamos empezado.

—De acuerdo —accedí—. Gracias, Jan. Seré tu compañera. —Me volví hacia Liz y le dije—: Estoy dispuesta a nadar.

El sol todavía estaba bajo en el cielo; grandes nubes grises lo ocultaban a menudo y, cada vez que esto ocurría, el aire se enfriaba tanto como el agua.

¡Estaba tan frío el lago por la mañana…!

Cuando me metí, entendí por qué lo llamaban «Lago Frío».

Todos avanzábamos con cautela, tiritando y quejándonos. Cuando el agua me mojó los tobillos, tuve la sensación de que se me clavaban cientos de agujas. Me detuve, conteniendo la respiración, y esperé para acostumbrarme a la baja temperatura.

Al oír el sonido de un motor, levanté los ojos y vi a Liz, que navegaba hacia el centro del lago. Cuando llegó al punto acordado, paró el motor y tomó un megáfono eléctrico.

—Haced un poco de precalentamiento —nos indicó.

Nos reímos por lo bajo.

—¿Precalentamiento? ¿Cómo vamos a calentarnos? ¡Está helada!

Dos muchachas que se hallaban cerca de la orilla empezaron a salpicarse.

—¡No hagas eso! ¡Me muero de frío! —gritó una de ellas.

Me adentré un poco más, caminando sobre el fondo blando del lago y me acomodé la parte superior del biquini azul.

—Debemos mojarnos del todo —le dije a Jan.

Asintió y avanzó hasta que el agua le llegó a la cintura.

—Ven, Sarah. No nos separemos —dijo, haciéndome un gesto con la mano.

Respiré profundamente y me sumergí en el agua.

Me invadió un frío intenso pero me deslicé bajo la superficie y di unas cuantas brazadas. Después saqué la cabeza del agua y miré a Jan.

—¡Qué presumida! —bromeó y sumergió las manos, esforzándose por aclimatarse a la temperatura.

Solté una carcajada.

—Es refrescante —exclamé, echándome el cabello chorreante para atrás—. No tengas miedo, sólo métete. No es tan terrible.

Jan se inclinó hacia el agua. La mayoría de las chicas ya estaba bañándose, nadando en círculo, haciendo el muerto y manteniéndose a flote pataleando bajo el agua.

—¡Poneos en fila! —ordenó Liz desde el bote. Su voz, amplificada por el megáfono, resonó en el bosque a nuestras espaldas—. ¡En fila. De dos en dos. Vamos, vamos!

Tardamos un poco en formarnos. Jan y yo éramos las segundas de la fila.

Observé las primeras dos chicas que salieron. Una de ellas mostraba un estilo depurado y elegante, la otra chapoteaba desmañadamente.

Las demás las animábamos.

Jan y yo salimos dos minutos después.

Traté de copiar los rítmicos movimientos de la primera chica para no parecer un pato, pues sabía que los demás nos observaban. Pero a decir verdad, estaba lejos de participar en unos juegos olímpicos. Jan tomó la delantera sin dificultad, aunque volvía la cabeza sin cesar para asegurarse de que la seguía.

El punto en que debíamos dar la vuelta se encontraba justo detrás del bote de Liz. Mantuve los ojos fijos en él mientras seguía a Jan. ¡Parecía hallarse a mucha distancia!

Jan aceleró, y empezaron a dolerme los brazos; más o menos, a medio camino del bote.

«No estoy en forma —me reproché—. Tengo que comenzar a hacer ejercicio o algo así».

El bote cabeceaba dulcemente allá a lo lejos, y Liz decía algo a través del megáfono, pero el ruido que producía al nadar no me permitía entenderla. Bastante adelantada, Jan mantenía su ritmo.

—¡Eoo! ¡No tan deprisa! —grité. Pero era imposible que me

oyese.

Pese al dolor en los brazos me lancé en su persecución, moviendo con más rapidez las piernas y levantando un montón de agua detrás de mi. El sol se ocultó una vez más, el cielo se oscureció y el agua pareció enfriarse.

Me hallaba ya más cerca del bote de Liz, quien tenía la vista fija en Jan y contemplaba sus brazadas acompasadas y la cabellera que subía y bajaba en el agua como una especie de animal marino. «Cuando Jan dé media vuelta, yo lo haré también», decidí. Nadé más deprisa. «Regresa ya —supliqué en silencio—. Jan, ya hemos llegado. Ya estamos a la altura del bote. Estoy lista para regresar».

Sin embargo, para mi sorpresa, Jan siguió nadando en línea recta, con la cabeza bajo el agua. Braceaba sin esfuerzo y cada vez se alejaba más de mí.

—¿Jan…?

Los brazos me dolían y sentía una opresión en el pecho.

—¿Jan… cuándo vamos a dar la vuelta?

Continuó avanzando, imperturbable.

Aumenté la velocidad con un esfuerzo mayúsculo.

—Jan, espérame… —grité—. ¡Hemos de regresar!

Se detuvo.

¿Me había oído?

Con la respiración agitada y el pecho ardiendo, nadé a su encuentro.

Se volvió hacia mí.

No. No era Jan.

¡Era Della!

Sus ojos azules centellearon y una sonrisa de satisfacción iluminó su semblante.

—No dejes de nadar, Sarah —susurró—. Vamos a nadar más lejos, mucho más lejos. Ahora eres mi compañera.

22

Me agarró del brazo.

Di un tirón para soltarme y su mano resbaló por mi brazo mojado pero, al llegar a la muñeca, se detuvo y apretó con más fuerza. Empezó a tirar de mí, arrastrándome con ella.

—¡Ayyyy!

Era fuerte, mucho más de lo que cabía esperar de una muchacha de aspecto tan frágil.

De un fantasma de aspecto tan frágil…

—¡Suéltame! —chillé.

Empecé a retorcerme y a manotear en el agua, pegando patadas y resistiéndome.

—¡Della…, no iré contigo!

Giré con rapidez, me impulsé y conseguí liberarme. Al hacerlo me hundí, pero levanté los brazos y salí a la superficie, tosiendo y escupiendo.

¿Dónde se había metido? ¿Dónde?

¿Estaría justo detrás de mí, lista para arrastrarme tan lejos que ya no pudiera regresar?

Me aparté de allí dándome impulso con las piernas. El agua estaba revuelta. Las nubes, a su paso por el cielo, parecían rugir.

—¿Sarah… Sarah? —¿Estaba llamándome?

¿Por qué no la veía?

Di la vuelta otra vez y mis ojos toparon con el bote.

Claro, el bote.

No hice caso de los acelerados latidos de mi corazón, ni del dolor en los brazos y me lancé hacia delante.

«El bote… debo llegar ahí antes de que me atrape de nuevo».

Nadé con furia, pataleé hasta agotar la última brizna de energía. Estiré los brazos cuanto pude…

Y me así a la borda con ambas manos, casi ahogada y sin aliento.

Intenté auparme con los brazos.

—Liz… ayúdame. —Las palabras salieron como un susurro áspero—. Liz… ayúdame a subir.

El sol apareció por detrás de las nubes y me deslumbró.

—Liz… por favor…

Vi unas manos que se alargaban hacia mí. Se inclinó para ayudarme a subir al bote.

Cegada por el sol, levanté los ojos para mirarla a la cara.

¡No!

No era el rostro de Liz. ¡No era Liz!

¡Era Della quien tiraba de mí!

—¿Qué te sucede, Sarah? —musitó—. Sarah, todo está bien. Te encuentras perfectamente.

23

—¡Suéltame! —aullé.

Con un tirón fuerte, logré liberar mi brazo y me esforcé por ver, a pesar de la luz cegadora.

Y vi a Liz.

No a Della. Era Liz, con expresión preocupada.

—Sarah, todo está bien —repitió.

—Pero… —La miré con temor, esperando que su cara cambiara de nuevo, que se transformase de nuevo en Della.

¿Quizá sólo había imaginado que veía el rostro de Della? ¿Me había confundido a causa de la luz?

Suspiré y le permití que me ayudara a subir a bordo.

Caí de rodillas. La lancha se bamboleaba como un columpio, arriba y abajo. Liz me miró con ojos escrutadores.

—¿Qué te ha ocurrido en el agua? —preguntó.

Me disponía a responder cuando oí un chapoteo junto al bote.

¿Della?

El miedo me paralizó.

No. Jan apareció por un costado del bote y se retiró unos mechones del rostro.

—¿Sarah, no oías que te llamaba? —interrogó.

—Jan, no podía verte. Pensaba que… —Las palabras se ahogaron en mi garganta.

—¿Por qué te alejaste de mí? —preguntó—. Soy tu compañera, ¿recuerdas?

Liz me llevó hasta la orilla. Me cambié de ropa y fui a ver a Richard. Lo encontré en su oficina de jefe de monitores, una habitación pequeña del tamaño de una despensa, en la parte posterior del edificio principal.

Sus pies descansaban sobre el pequeño escritorio y un mondadientes se movía sin cesar entre sus labios.

—Hola, Sarah, ¿cómo va todo? —Me dirigió una sonrisa amigable y me señaló una silla plegable al otro lado del escritorio, invitándome a tomar asiento.

Noté que sus ojos me estudiaban.

—Me han dicho que has tenido otro pequeño contratiempo en el lago —comentó en voz baja. Desplazó el palillo de una comisura a la otra—. ¿Qué está ocurriendo?

Aspiré profundamente antes de responder.

«¿Le digo que hay una chica fantasma que ha estado persiguiéndome por todas partes y que me quiere por compañera?».

«Pensaría que estoy loca», concluí.

—Ayer sufriste un grave accidente —dijo Richard—. Por un momento creímos que te habías ahogado.

Bajó los pies de la mesa y se inclinó hacia delante, mirándome.

—Quizá no debías volver al agua tan pronto —señaló—. El accidente es demasiado reciente.

—Quizá —murmuré.

Y entonces solté la pregunta que no lograba sacarme de la cabeza.

—Richard, háblame de la muchacha que se ahogó aquí.

Abrió la boca, desconcertado.

—¿Cómo? —El mondadientes cayó sobre su regazo.

—Me consta que una chica se ahogó aquí, en el lago —insistí—. ¿Puedes contarme algo de ella?

Richard sacudió la cabeza.

—Ninguna chica se ha ahogado en el campamento del Lago Frío —aseveró—. Nunca.

Resultaba evidente que mentía.

Al fin de cuentas, yo disponía de pruebas. Había visto a Della y había hablado con ella.

—Richard, te lo suplico, es necesario que lo sepa. Cuéntame cómo era —imploré.

Frunció el ceño.

—¿Por qué no me crees, Sarah? Te estoy diciendo la verdad. Ningún campista se ha ahogado en este campamento; ni chicos, ni chicas.

Oí un débil suspiro a mis espaldas.

Di la vuelta y vi la puerta abierta y a Della apoyada en el quicio.

Me levanté de un brinco y señalé con el dedo.

—¡Richard! —grité—. ¡La muchacha que se ahogó! ¡Está allí! ¿Es que no la ves?

Richard dirigió la mirada a la puerta.

—Sí —replicó con calma—. La veo.

24

—¿Qué? —resoplé, y me agarré al borde del escritorio—. ¿La ves? ¿De verdad la ves? —chillé.

Richard asintió. La expresión de su cara era muy seria.

—Si te ayuda a sentirte mejor, te diré que la veo.

—Pero, entonces… ¿no la ves en realidad? —pregunté.

Se llevó una mano a la cabeza y se revolvió el cabello rubio.

—No. No veo absolutamente nada.

Me volví de nuevo hacia la puerta para ver si el fantasma todavía estaba allí.

Della me miraba burlona.

—Siéntate, por favor —ordenó Richard—. A veces la mente nos juega malas pasadas, ¿sabes? Sobre todo cuando hemos pasado por una experiencia desagradable.

No me senté. Me quedé de pie frente a su escritorio y clavé la vista en Della. Miré a través de ella.

—¡No está en mi mente! ¡Está aquí! —grité—. ¡Está de pie, justo aquí, Richard. Se llama Della y se ahogó en este campamento y ahora intenta que me ahogue yo también!

—Sarah, cálmate, por favor —dijo Richard con suavidad. Rodeó la mesa, posó una mano sobre mi hombro y después me acompañó hasta la puerta.

Della y yo quedamos cara a cara. Me sacó la lengua.

—¿Te das cuenta? No hay nadie —dijo Richard.

—Pero… te aseguro que… —balbuceé.

—¿Por qué no te mantienes alejada del lago durante unos días? —sugirió—. Ya me entiendes. Paseas por aquí y te relajas.

Della repetía sus palabras sólo moviendo los labios.

Me aparté de ella y dejó escapar unas risitas.

—¿Qué no vaya al lago? —pregunté.

—Ajá. Tómate unos días y descansa. Te sentirás mucho mejor.

Sabía que no me sentiría mejor. Della seguiría persiguiéndome a todas partes, presionándome para que fuese su compañera.

Exhalé un suspiro.

—Esto no servirá de mucho —le dije.

—Tengo una idea mejor, entonces —insistió—. Elige un deporte que nunca hayas practicado. Uno muy difícil. Esquí acuático, por ejemplo.

—No entiendo —repuse—. ¿Por qué motivo?

—Porque tendrás que dedicarte tan a fondo a lo que hagas, que no te quedará tiempo para pensar en fantasmas.

Levanté la vista.

—Sí, claro. Desde luego.

—Intento ayudarte —dijo con aspereza.

—Bien… Gracias —respondí. No sabía qué más decir—. Me parece que voy a ir a almorzar, ahora.

Me escabullí de la oficina y, ya en el vestíbulo, respiré a fondo. El aire era mucho más fresco aquí.

Doblé la esquina y me dirigí al comedor, en la parte delantera del edificio. En el siguiente recodo, oí la frágil voz de Della detrás de mí.

—No te escaparás, Sarah. Eres mi compañera. No hace falta que corras porque siempre serás mi compañera.

Aquéllas palabras, pronunciadas con tanta suavidad y tan cerca de mi oído, me erizaron la piel.

Algo dentro de mí se rebeló.

Ya no era capaz de contener mi rabia.

—¡CÁLLATE! —chillé—. ¡CÁLLATE! ¡CÁLLATE! ¡CÁLLATE Y DÉJAME EN PAZ!

Di media vuelta para asegurarme de que me había escuchado.

Y me quedé petrificada.

25

Ahí estaba Briana, boquiabierta.

—Bueno, bueno. Me voy —dijo, retrocediendo—. No es necesario que seas tan desagradable, Sarah. Sólo venía a ver cómo te encontrabas.

Uf… Me sentí fatal.

Briana había creído que le hablaba a ella.

—Yo… yo… —tartamudeé.

—Pensé que querías que fuéramos amigas —espetó Briana—. No he abierto la boca y tú casi me muerdes.

—¡No te hablaba a ti! —conseguí exclamar—. ¡Le hablaba a ella!

Señalé a Della, apoyada en la pared. Me sonrió y me saludó con la mano.

La luz que entraba por la ventana iluminó la cabellera rubia de Della desde atrás.

Veía la ventana a través de su cuerpo.

—¡Le hablaba a ella! —repetí.

Briana miró la ventana.

Y entonces su rostro adoptó una expresión de lo más extraña.

A la mañana siguiente, engullí unos huevos revueltos gomosos y luego me dirigí al muelle donde estaban amarrados los botes.

No me preguntéis por qué decidí probar el esquí acuático. En realidad no sé la respuesta.

Creo que lo hice por Aaron. La noche anterior me había rogado una vez más que no llamase a nuestros padres.

Aaron no quería ni pensar en irse a casa. Decía que era el mejor verano de su vida.

«Claro —pensé—. Para ti resulta fácil pasarlo bien. A ti no te persigue ningún fantasma».

—Por favor, trata de aguantar un poco más —insistió.

«No iré al lago —decidí—. Me quedaré en la cabaña y leeré o algo así».

Pero, por la mañana, me percaté de que era una mala idea.

Me entraría demasiado miedo si me quedaba sola en la cabaña mientras todos los demás estaban en el lago. No sabría cómo protegerme de Della.

Sí, sé que no razonaba con claridad.

Tenía los nervios tan alterados, que apenas era capaz de pensar.

Debía haberme mantenido lo más lejos posible del agua.

Pero no me atrevía a estar sola; por eso seguí el consejo de Richard, me encaminé al muelle, y, una vez allí, le dije a Liz que quería probar el esquí acuático.

—¡Esto es fantástico, Sarah! —exclamó, sonriéndome complacida—. ¿Lo has practicado alguna vez? Es más fácil de lo que parece.

Le contesté que nunca lo había practicado.

Extrajo un chaleco salvavidas amarillo inflado y un par de esquís del almacén de materiales.

Después me dio una lección resumida. Me mostró cómo echar el cuerpo, para atrás y cómo doblar las rodillas.

Un rato después me encontraba en el agua esperando a que llegara la lancha motora. En ese momento tiraba de Meg. La veía deslizarse sobre el agua, detrás del bote. Su bañador anaranjado brillaba bajo el sol.

El zumbido del motor reverberaba en el agua, que se agitaba en la estela del bote.

Cuando el piloto se acercó al muelle, Meg lanzó un chillido y soltó la cuerda. Cayó al agua y, acto seguido, se quitó los esquís y se acercó caminando a la orilla.

—Ahora me toca a mí —dije sin mucho aplomo. Sentía un nudo en el estómago.

Meg levantó los pulgares para darme ánimos.

Me costó ponerme los esquís pero al fin lo conseguí. Después

levanté la cuerda y me aferré a la barra con las dos manos.

El motor tosió y comenzó a ronronear. El bote cabeceaba, delante de mí, sobre el agua azul y burbujeante.

Recobré el equilibrio, me incliné tal como Liz me había enseñado y respiré profundamente.

—¡Preparada! —grité.

El motor tosió de nuevo… y luego rugió.

La lancha arrancó con tanta violencia que casi se me escapó la cuerda de las manos.

—¡Uaaaaauuuu! —Un alarido interminable salió de mi garganta cuando la cuerda se tensó, arrastrándome sobre la superficie.

¡Sí! Los esquís rebotaron sobre el agua. Doblé las rodillas y me así con más firmeza a la barra.

«¡Estoy haciéndolo! ¡Estoy esquiando sobre el agua!», pensé, asombrada de mí misma.

El bote aceleró y avanzamos en línea recta. El agua me rociaba la cara, el cabello, todo el cuerpo.

De repente, perdí el equilibrio. Logré enderezarme, no me solté y continué la marcha.

—¡Sííííí! —grité a pleno pulmón. ¡Qué sensación tan emocionante!

Y, justo en ese momento, la persona que pilotaba el bote volvió la cabeza.

Reconocí la maligna sonrisa de Della.

Mientras manipulaba los mandos, sus cabellos casi blancos le revoloteaban alrededor del rostro descolorido. Sus ojos azules centelleaban como el agua del lago.

Su sonrisa se hizo más amplia cuando advirtió el horror reflejado en mi cara.

—¡Da la vuelta! ¡Regresa! ¡Por favor! —le rogué.

De pronto, hizo virar la lancha.

Casi me desplomé pero conseguí sujetarme a la cuerda.

Los esquís golpearon la superficie y un dolor intenso me subió hasta las rodillas. El oleaje me rociaba sin cesar.

Me atraganté y luché por respirar.

Della echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír, pero el rugido del motor ahogó sus carcajadas.

Veía el cielo a través de su cuerpo. La luz del sol la traspasaba.

—¡Da la vuelta! —repetí—. ¡Deténte! ¿Adónde me llevas? ¿Adónde?

26

Della no me respondió. Me dio la espalda y sólo vi su cabellera, que se agitaba desordenadamente.

La lancha rebotaba en el agua, levantando grandes olas de espuma.

Las frías olas me caían encima y me entorpecían la visión.

Presa del pánico, tardé bastante en darme cuenta de que había un modo fácil de salir de aquella situación.

Solté la cuerda; al hacerlo, mis manos se levantaron. La barra al final de la cuerda golpeó el agua con furia.

Me mantuve sobre los esquís unos segundos mientras braceaba frenéticamente. Al fin, caí de costado al agua y me hundí.

El chaleco salvavidas me impulsó hacia arriba de nuevo, y ahí me quedé escupiendo y boqueando en medio del oleaje. Mi corazón latía desbocado.

Me hallaba al límite de mis fuerzas. En torno a mí sólo había luz cegadora. ¿Qué dirección debía tomar? ¿Dónde estaba la orilla?

Me volví y divisé la lancha a lo lejos.

—¡Ésta vez no has podido atraparme! —grité.

Entonces vi que el bote viraba levantando una ola enorme. La sangre se me heló en las venas.

Dio la vuelta hasta que quedó orientado hacia mí.

El motor empezó a rugir, y yo flotaba indefensa sin saber qué hacer.

La lancha aceleró, deslizándose veloz sobre la superficie ondulada.

«Viene a por mí —pensé—. Viene para convertirme en su

compañera para toda la eternidad».

«Estoy atrapada».

«Va a atropellarme».

27

Permanecí a flote mientras observaba horrorizada la lancha que se acercaba a toda velocidad.

«Tengo que sumergirme y nadar por debajo del bote —pensé—. La única forma de escapar es por debajo».

Respiré profundamente. Todos mis músculos estaban en tensión. Era consciente de que debía calcular con exactitud el momento de bucear.

El sonido del motor se aproximaba, y ya veía claramente a Della, inclinada sobre los mandos, conduciendo el bote.

Apuntándome con él.

Volví a llenar mis pulmones de aire y, sólo entonces, caí en la cuenta de que no podría bucear.

El chaleco salvavidas no me permitiría zambullirme. Me resultaría imposible mantenerme bajo la superficie.

Lanzando un gemido, agarré la pechera del chaleco con ambas manos.

Y tiré.

«¡No lo conseguiré! ¡No podré quitarme esto de encima a tiempo!».

A medida que la lancha se acercaba, el oleaje se hacía más fuerte. Parecía que todo el lago se embravecía.

«¡Éste bote me hará pedazos!», pensé.

Tiré del chaleco, lo estrujé.

«¡Por favor, por favor, por favor, deslízate por encima de mi cabeza!».

No había tiempo.

«¡No puedo sumergirme!».

El rugido del motor ahogó mi alarido.

Con desesperación, tiré del chaleco para quitármelo por encima de la cabeza.

Demasiado tarde.

La proa de la lancha se abalanzó sobre mí.

Y las hélices, que zumbaban sin cesar, me cortaron la cabeza.

28

Esperé que llegara el dolor.

Esperé que llegara la oscuridad.

El agua se arremolinaba en torno a mi cuerpo; azul primero, más tarde, verde.

Braceé hasta la superficie con la boca llena de agua, casi ahogándome. Con aliento entrecortado, me dejé llevar por las olas.

—¡El chaleco salvavidas! —balbuceé.

En cada mano tenía una mitad del chaleco.

Las hélices habían cortado en dos el chaleco salvavidas.

Arrojé las dos piezas al agua y rompí a reír.

—¡Estoy viva! —clamé a los cuatro vientos—. ¡Todavía estoy viva!

Me volví y vi el bote, que surcaba el lago a toda velocidad. ¿Creería Della que había triunfado?

Ya no me importaba. Miré alrededor, descubrí la orilla y comencé a nadar.

Éste segundo aviso me había proporcionado nueva energía. La fuerte corriente me ayudó, empujándome hacia la orilla.

Oí que me llamaban cuando di los primeros pasos tambaleantes sobre la hierba y vi que Liz corría hacia mí.

—¡Sarah…! —llamó—. ¡Sarah… espera!

No le hice caso. Ni a ella ni a los demás. Arranqué a correr.

Sabía muy bien lo que debía hacer. Tenía que huir del campamento del Lago Frío, escaparme cuanto antes.

Allí no estaba a salvo. Mientras Della me quisiera por compañera y desease que me ahogara como ella, no me encontraba

a salvo.

Nadie creería mis palabras. Todos decían que deseaban ayudarme, pero ni uno de ellos sería capaz de ayudarme contra un fantasma, por mucho que lo desearan.

Entré en la cabaña como una exhalación y me quité el bañador mojado de un tirón; lo arrojé al suelo y, a toda prisa, me puse unos pantalones cortos y una camiseta.

Me peiné con las manos y me puse calcetines y zapatillas deportivas.

«Tengo que irme. Tengo que irme», me repetía sin cesar.

«¿Qué voy a hacer? ¿Adónde iré?».

«Atravesaré el bosque hasta el pueblo que hay al otro lado —determiné—. Desde allí, llamaré a mamá y papá. Les diré que estoy escondida en el pueblo y que me recojan allí».

En la puerta de la cabaña, me detuve.

¿Debía decírselo a Aaron?

«No. De ninguna manera», decidí.

Intentaría detenerme.

«Le mandaré un mensaje desde el pueblo —resolví—. Le diré dónde estoy cuando me sienta a salvo, cuando me encuentre lejos de este lugar, no antes».

Asomé la cabeza al exterior y me aseguré de que no hubiera nadie por ahí. Luego, salí y me dirigí a la parte posterior de la cabaña.

Y allí topé con Briana.

Achicó los ojos y me escrutó el rostro.

—¿Te vas? —preguntó en voz baja.

Asentí.

—Sí. Me voy.

La expresión de Briana cambió por segunda vez. La luz en su mirada pareció desvanecerse.

—Buena suerte —musitó.

29

«¡Qué manera tan extraña de comportarse!», reflexioné.

No tenía tiempo de pensar en ello y me despedí de Briana agitando la mano. Después, pasé por su lado y penetré en el bosque.

Miré hacia atrás mientras seguía el sendero entre los árboles y vi a Briana, aún de pie detrás de la cabaña. Me observaba.

Respiré a fondo y proseguí mi camino, a buen paso.

Las copas de los árboles impedían la entrada de la luz y, a medida que avanzaba, el ambiente era más fresco y oscuro.

Al tratar de cruzar un seto silvestre de zarzas y endrinos me arañé brazos y piernas y lamenté no llevar puestos mis tejanos y un jersey de manga larga que me habrían protegido mejor.

Resbalé sobre una gruesa capa de hojas muertas y hube de sortear las ramas caídas y los hierbajos punzantes.

Las raíces sobresalían de la tierra, y montones de cañas, altas y resecas, se inclinaban a mi paso como si quisiera atraparme.

El angosto sendero se dividió en dos. Me detuve, exhausta, intentando adivinar cuál sería el camino correcto.

¿Conducirían los dos al pueblo?

Oí una voz que cantaba y contuve la respiración.

¿Un pájaro?

No. Era una voz suave, de muchacha.

—¡Oh, no! —gemí. Me volví hacia donde procedía la voz y vi a Della, sentada en la rama baja de un árbol. Cantaba llevando el compás con la cabeza y me miraba con sus azules ojos centelleantes.

—¡M… me has seguido! —tartamudeé—. ¿Cómo has sabido

que…? —No pude terminar la frase.

Soltó una risita.

—Eres mi compañera —replicó—. No debemos separarnos.

—¡Ni lo sueñes! —le espeté con rabia—. Has perdido la partida, Della. Nunca seré tu compañera porque nunca regresaré al lago. ¡Jamás me ahogaré como tú!

Su sonrisa se esfumó.

—¿Ahogarme, yo? —Sacudió la cabeza—. ¿Por qué dices eso? Estás muy confundida. Yo no me ahogué.

—¿Cómo? —La miré boquiabierta, sin comprender nada.

—Cierra la boca, Sarah, o te entrará una mosca. —Echó la cabeza para atrás y se rió.

Sacudió de nuevo la cabeza.

—Es imposible que alguien se ahogue en el campamento del Lago Frío —afirmó—. ¡Repiten las reglas de seguridad en el agua cada cinco minutos! ¡Nadie se ha ahogado en este lugar, nunca!

—¿Qué no te ahogaste? —exclamé—. ¿Entonces, cómo te moriste?

Apoyó las manos en la rama y se inclinó hacia delante, clavándome la mirada. A través de su cuerpo, veía las hojas sacudidas por la brisa.

—Es una historia muy sencilla —suspiró—. Una noche, en la fogata, me cansé de oír el sermón de las reglas de seguridad y me adentré en este bosque sin llamar la atención. —Sacudió la cabeza para apartarse los cabellos de la cara—. Cometí un grave error —continuó—. No sabía que el bosque estaba infestado de serpientes venenosas.

Tragué saliva.

—¿Éste bosque? ¿Serpientes?

Della asintió.

—Es casi imposible cruzar este bosque sin recibir alguna picadura —aseveró—. Yo morí de una picadura de serpiente, Sarah.

—Pero… siempre has estado en el lago. ¿Por qué te he visto siempre en el lago? —titubeé.

—¿No lo entiendes? —replicó—. Éste era mi plan. Hice que le tuvieras miedo al lago. Hice que te aterrase ir allí, Sarah, porque sabía que intentarías escapar por el bosque. Sabía que te internarías en el bosque y que morirías como yo y que, por fin, serías mi

compañera.

—¡No…! —protesté—. No lo seré. Yo…

—¡Sarah, mira! —Della señalaba al suelo.

Bajé la vista y vi una serpiente gorda y negra que se enroscaba en torno a mi pierna.

30

—Eternas compañeras —tarareó alegremente—. Compañeras para siempre.

Me quedé petrificada de espanto. Miraba la serpiente que trepaba por mi pierna y sentía que su cuerpo tibio y seco me rozaba la piel desnuda.

—Nooooooo. —El quejido escapó de mi boca cuando el reptil arqueó la cabeza.

—No te dolerá mucho —comentó Della, animada—. Es como la picadura de una abeja, Sarah. Ni más, ni menos.

La serpiente siseó y separó las mandíbulas.

Sentía que se apretaba a mi pierna, como una cuerda caliente.

—Eternas compañeras —cantó de nuevo—. Compañeras para siempre.

—¡No! ¡Sarah no es tu compañera! —gritó alguien.

Intenté volverme pero no era capaz de moverme. La serpiente cada vez se ceñía más a mi pierna.

—¡Briana! —exclamé—. ¿Qué haces aquí?

Salió de detrás de un macizo de cañas.

Con un movimiento rápido, atrapó la serpiente en una mano, me la desprendió de la pierna y la tiró contra un árbol.

Briana se encaró con Della.

—¡Sarah no puede ser compañera tuya, porque es mi compañera! —gritó.

Los ojos de Della se agrandaron y lanzó una exclamación de sorpresa. Se agarró a la rama para no caer.

—¡Tú! —exclamó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¡Sí, soy yo! —contestó Briana con aspereza—. He vuelto, Della.

—Pero… pero ¿cómo…? —su voz se interrumpió.

—El año pasado intentaste hacer lo mismo conmigo —la acusó Briana—. Me atosigaste durante todo el verano para que fuera tu compañera. Me aterrorizaste, ¿verdad, Della? —Briana chilló con furia—: ¡No pensaste que regresaría, pues lo he hecho! ¡Éste verano he regresado al campamento… para proteger a la siguiente muchacha!

—¡Nooo! —aulló Della.

Por fin lo comprendí todo. Me subí a un árbol próximo a Briana.

—¡Briana es mi compañera! —aseveré—. ¡Y el próximo verano volveré para advertir a la siguiente chica!

—¡No! ¡No! ¡Noooo! —se enfureció Della—. ¡No podéis hacerme esto! ¡He esperado demasiado! ¡Demasiaaaaado!

Se soltó de la rama y agitó los puños, sin quitarnos la vista de encima.

Perdió el equilibrio.

Al caer, levantó los brazos e intentó agarrarse a la rama pero falló.

Y cayó al suelo en silencio.

Después desapareció.

Se había esfumado.

Suspiré, agotada, y puse los pies en el suelo. Sacudí la cabeza.

—¿Se ha ido para siempre? —murmuré.

Briana se encogió de hombros.

—No lo sé. Espero que sí.

Miré a Briana a los ojos.

—¡Me… me has salvado la vida! —exclamé—. ¡Gracias por seguirme, gracias por rescatarme!

Lancé un grito de alegría y me acerqué a ella.

—¡Gracias! ¡Gracias!

Extendí los brazos para abrazarla, y mis manos atravesaron su cuerpo.

Tragué saliva. Llevé la mano hasta su hombro pero no sentí el tacto de su piel.

Desconcertada, salté hacia atrás.

Briana entornó los párpados.

—Della me mató el verano pasado, Sarah —dijo con suavidad—. El último día. Pero yo no quería ser su compañera. Ella nunca me cayó bien.

Despegó los pies del suelo y se me acercó flotando en el aire.

—Me hace falta una compañera —musitó—. Todos necesitamos un compañero. Tú serás la mía. ¿Verdad, Sarah?

La serpiente siseaba en su mano.

Pero yo no era capaz de moverme.

—Serás mi compañera, ¿verdad, Sarah? —repitió—. Serás mi eterna compañera.